

RALPH BARBY

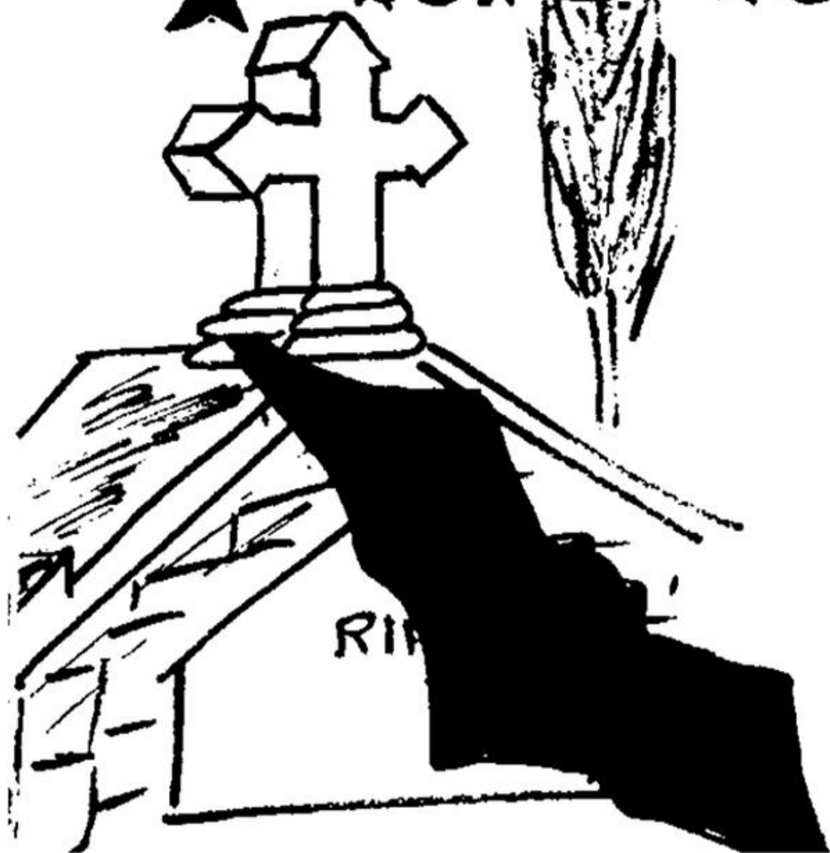
16

LA CARTA ASTRAL

TERROR

escalofríos de

TERROR



RALPH BARBY

LA CARTA ASTRAL

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 16

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-052-5
Depósito Legal: H-16.885-1988

1ª edición: Julio 88
1.a edición en América enero 89

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

FUTURA - GIESA

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Le ofrecieron esnifar una línea de cocaína y la rechazó, Connie deseaba mantenerse siempre dueña de sí misma, con su jovialidad habitual, sin exagerar.

Después de todo, no había acudido a aquella fiesta en la embajada como invitada, sino en función de su trabajo como Intérprete. Sin embargo, no se había vestido con un discreto traje chaqueta sobrio y oscuro, sino con un traje de coctel de falda algo corta y ajustado al busto, un busto que atraía las miradas de los hombres, Connie era consciente de ello. El vestido de lamé con reflejos rojos era como una fuente de fuegos artificiales que alucinaba a no pocos hombres.

Se mantuvo cerca de los hombres de negocios portugueses que habían sido invitados a aquella fiesta de ambiente diplomático.

Selectiva, fue escogiendo los canapés que mis le agradaban: caviar ruso, salmón ahumado, tarrinas de coctel de frutos de mar, todo regado con excelente champaña. Después de recepciones como aquélla, ya no habría que comer nada más hasta el día siguiente en que se tomaría un largo zumo de naranja para aligerar su estómago de tantas «delikatessen».

Los tres empresarios portugueses contactaron con otros tantos personajes y parecían haber conseguido parte de sus objetivos. Todo iba muy bien, sus intervenciones como intérprete habían funcionado y Connie esperaba una buena propina al final. El pago de su labor profesional se haría a través de la agencia donde estaba contratada, pero…

Le agradaban aquellos lugares de trabajo informales y lujosos porque en sí mismos eran una diversión y, además, tenía ocasión de conocer a gente interesante.

—Muy bien, señorita Connie —le dijo uno de los portugueses mientras los otros dos estaban con sendas mujeres con las cuales parecían entenderse sin problemas de idioma.

—Si han quedado contentos, háganlo saber a la agencia de intérpretes —le dijo sonriente, con una copa de burbujeante y dorado champaña en su mano.

—Mis colegas y yo deseamos prolongar la velada.

—Pues, les deseo que se diviertan mucho. Mi labor acaba al término de esta cena fría en la embajada.

—Creo que no me he explicado bien, señorita Connie —dijo el hombre sonriéndole abiertamente—. Nos complacería mucho que usted nos acompañara.

—Sí, lo supongo, estas cosas suelen ocurrir —respondió sonriente y muy segura de sí. Connie sabía que en ocasiones semejantes, algunas colegas suyas sacaban unos suculentos extras.

—Entonces, ¿nos va a acompañar el resto de la noche?

—Le ruego no se lo tome como un desprecio personal, señor Gelao —le dijo mirando al hombre que protegía sus ojos tras los cristales levemente verdosos montados en unas gafas de oro.

—Sé que no es usted una profesional de estas situaciones, señorita Connie, por ello tengo mayor empeño en que nos honre con su compañía. Al amanecer, nosotros partiremos hacia Lisboa y es posible que nunca más volvamos a ver —nos, o quizás sí, en próximas visitas a Londres.

—No insista, no es posible lo que usted sugiere.

Quinientas libras…

—Muy generoso, pero no. De todos modos, no me siento ofendida. No soy de las que rechazan el dinero, pero tampoco traiciono a mi conciencia. —Se inclinó sobre él, era unos centímetros más bajo que ella y además, Connie calzaba tacones altos. Le besó en ambas mejillas y le pasó la yema del dedo por los labios. No deseaba que aquel hombre se sintiera molesto.

—Otra vez será —aceptó el portugués.

Los ojos grandes y grises de Connie se habían fijado en un solo hombre de los asistentes a la cena fría. Era fuerte, alto, muy varonil, le recordaba mucho al mítico James Dean salvo en la estatura.

Connie había oído comentar que aquel hombre era actor de cine y prometía mucho. Se llamaba Michael Raven y había actuado en

algunas serles famosas de televisión en América.

Connie había observado que el atractivo Michael Raven había estado asediado por varias mujeres, algunas jóvenes y otras no tanto, ansiosas de aventuras. Ella, ni una sola vez se le había acercado, aunque las miradas de ambos se cruzaron fugazmente.

Los concurrentes comenzaron a desfilar. Connie tomó su bolsito a juego con el vestido y pasó por el guardarropía para recoger su abrigo maxi de piel negra sin pelo, de cordero escocés. Abandonaba la embajada sola pero sin frustración. De desear salir acompañada, no hubiera tenido problemas, le habría bastado con aceptar la invitación de los portugueses que sin duda pretendían celebrar en la cama, de madrugada, sus éxitos comerciales.

Mas, Connie no tenía pensado prostituirse. Una cosa era su profesión y otra, su conciencia y su cuerpo, un cuerpo que no escondía ni reservaba para nadie excepto para sí misma, para su propia felicidad.

Delante de ella salía un grupo de árabes con sus chilabas. Hablaban animadamente, quizás de sus petrodólares o de sus guerras religioso-económico-políticas.

Varios automóviles de lujo fueron apareciendo ante el amplio porche de la embajada. Era de noche y las farolas iluminaban el final de la recepción en la que todos los asistentes habían deseado hacer contactos provechosos.

De pronto, se escucharon como tres zumbidos.

Connie sintió una inesperada fuerza huracanada contra su espalda que la arrojó al suelo. Alguien acababa de abalanzarse sobre ella arrojándola contra uno de los lados de la puerta de la embajada cuando se producían tres explosiones casi consecutivas. Un «Rolls Royce» recibió un morterazo de considerable calibre que lo hizo volcar primero y estallar después.

Otro morterazo dio contra la unión de la pared exterior y el suelo del porche y los cristales de las ventanas saltaron hechos añicos al tiempo que la metralla barría mortíferamente a cuantos allí estaban.

El tercer morterazo dio en un parterre de cuidadas flores haciendo saltar por los aires a unos escoltas de protección que estaban allí listos para intervenir con sus armas.

En medio de la gran humareda y el fuego del «Rolls-Royce»,

comenzaron a oírse los ayes y gemidos de los heridos, los gritos de histeria de quienes psíquicamente no podían soportar el ataque terrorista y el trágico silencio de los muertos.

—¿Cómo está? —preguntó una voz grave, bien timbrada.

Connie, que había quedado boca abajo, volvió su rostro y descubrió al hombre que la había salvado del ataque terrorista llevado a cabo con morteros y, al parecer, desde una considerable distancia, pues no había habido tiros después de las explosiones. Era Michael Raven.

—Gracias a ti, viva —le dijo con sencillez pero profundamente agradecida.

—Pues, arriba, esto se va a llenar de policía.

—¿No te va a interesar salir en la televisión? Te ayudará en tu carrera —le dijo ella.

—Sí, claro que me ayudaría, pero no voy a aprovecharme de una salvajada como ésta. Al ponerse de pie, Connie exclamó:

—¡Aug!

—¿Duele?

—Sí, creo que me he dado algún golpe.

—¿Necesitas ir al hospital?

—No, no. Si mañana me encontrara mejor, ya Iría.

—Espera un momento, hay que ayudar.

Michael trató de ayudar en lo posible, pero no tardó en aparecer un enjambre de hombres armados, algunos con pistolas, otros con metralletas. Miraban a todos como posibles enemigos a los que había que llenar de balas.

La acción terrorista acababa de consumarse, pero aún no se sabía si tendría una cola trágica.

Sirenas, la policía, bomberos, televisión. Todo se llenó de luces cegadoras, rojas, azules, amarillas, hombres corriendo de un lado a otro y curiosos apiñándose al otro lado de la verja de la embajada.

—¿Ustedes estaban aquí en la recepción de la embajada? —preguntó un inspector de policía vestido de paisano al que seguían tres agentes uniformados.

—Sí, soy actor americano —dijo Michael, y mostró su documentación.

Connie, que estaba junto a él, descubrió que tenía algunas manchas de sangre en la chaqueta y el rostro sucio de polvo.

—¿Y usted, señorita?

—Soy intérprete, contratada por la agencia «Masters», aquí está mi documentación. —Abrió su bolso y mostró sus papeles.

—Bien. —Sacó unas etiquetas adhesivas de color amarillo y las pegó en sus ropas.

Todavía aturdida, Connie fue arrastrada por la mano de aquel hombre que aún siendo un desconocido, la atraía poderosamente. Tenía algo especial que gustaba a las mujeres.

—Documentación —les pidió otro policía al que acompañaban dos agentes más.

—Ya la hemos enseñado —dijo Michael mostrando las etiquetas que les habían dado para que pudieran salir.

El oficial de policía les observó escrutadoramente, buscando la verdad en sus rostros, como si se fiara más de su propia intuición que de cualquier documento que pudieran mostrarle.

—Está bien, pasen.

—¿Llevas coche? —preguntó Michael a la muchacha.

—No lo tengo aquí, he venido en taxi.

No importa, yo tengo uno.

—¿Estás herido? —le preguntó Connie mientras se dirigían al aparcamiento público que se hallaba en la misma acera, unas decenas de pasos más lejos.

—No, no tiene importancia.

El automóvil que Michael tenía a su disposición era un «Mercedes Benz» azul oscuro, elegante y confortable. Dentro del vehículo, Connie se sintió más protegida. Su seguridad la había abandonado desde el preciso momento de las explosiones terroristas.

—Si no es cosa del IRA, será un arreglo de cuentas entre los árabes. La verdad es que no se está seguro en ninguna parte. ¿Te llevo a tu apartamento?

Los ojos grises de Connie miraban las luces de la ciudad, las farolas, los semáforos con sus colores cambiantes. Atrás quedaban las sirenas de policías, bomberos y ambulancias, era como si nada hubiera ocurrido, pero no era tan fácil olvidar la tragedia.

—No.

—Comprendo. ¿Vives sola?

—Sí.

—Y ahora, prefieres tener compañía —observó más que preguntó.

—Ajé.

El edificio de apartamentos era señorial, antiguo pero restaurado y luego dividido en departamentos, de forma que casi podía tomarse por un hotel, ya que en la planta baja había servicio de restaurante, de cafetería y otros comercios.

El *parking* estaba en los sótanos del edificio contiguo y mediante un pequeño túnel, se accedía a una escalera y a un ascensor.

En la planta cuarta, en el «415», Michael introdujo la llave que giró con suma facilidad.

Allí abundaban las cortinas de colores oscuros, cortinas altas y pesadas, cuadros en las paredes, cuadros de pintores desconocidos que no tendrían mucho valor pero que resultaban brillantes y atractivos. Había varios desnudos y algunos de ellos recordaban fotogramas de cine, butacas de piel y un suave calor perfumado que todo lo invadía.

—¿Es tuyo? —preguntó Connie mirando alrededor.

Mientras se quitaba la chaqueta y preparaba un par de vasos con *whisky*, Michael respondió:

—No, ni siquiera sé si es propiedad de mí agente, pero él me dio las llaves para que dispusiera de este apartamento durante mi estancia aquí. La verdad es que no está mal. —Cierto, no está nada mal— corroboró Connie. —Tu representante debe confiar mucho en ti.

—Si, claro. Estoy en viaje de promoción por Europa, he terminado una película y tengo contratos firmados para dos más. No me va mal y cuando las cosas marchan bien, todo son facilidades.

Le tendió el vaso de *whisky* y él levantó el suyo para brindar.

—Por seguir con vida.

—Por seguir con vida —repitió la mujer.

Antes de llevarse el vaso a los labios preguntó:

—¿Cuántos habrán muerto?

—Lo ignoro, tengo que llamar a mi agente y explicarle lo sucedido.

—¿Para decirle que estás vivo o para que explote esta situación publicitariamente?

—Yo le comunico lo que sea y luego él será quien tome las decisiones oportunas. El negocio es el negocio.

—Sí, el negocio es el negocio —admitió Connie. Bebió un trago corto y dejó el vaso sobre la mesita de centro, parecía algo decepcionada—. He de Irme.

—Espera —le pidió Michael.

Atrayéndola hacia sí, le rodeó la cintura con el brazo y la besó en los labios. Connie no opuso resistencia pero tampoco se entregó a la caricia.

—¿Te ha molestado algo de lo que he dicho? —preguntó el hombre al observar su pasividad.

—No sé, todavía debo estar alterada por lo ocurrido. La sangre me impresiona.

—Hemos salido ilesos, eso es lo que importa.

Michael se inclinó para pasar uno de sus brazos por detrás de las piernas de Connie. La alzó en el aire y la transportó hasta la alcoba depositándola sobre la amplísima cama.

Connie encendió un cigarrillo sin salir de la cama. Michael, desnudo, dormía a su lado profundamente.

¿Cómo calificar aquella noche de amor?

Michael era un hombre extraño. Su parecido con James Dean, pero más maduro y mucho más alto, despertaba pasión en las mujeres. Ella misma se había sentido excitada y humedecida, pero no había llegado al orgasmo con él y no podía considerarse una mujer frígida.

No sabía si era por causa del atentado terrorista que había vivido o porque era así, pero Michael no había dado amor sino devorado sexo. Se había sentido sacudida, poseída, succionada, mordida.

Le escocían los pezones, le dolía en lo más profundo del útero y sentía la lengua herida. Aquella noche de amor con el actor Michael Raven no le había proporcionado el placer que cabía suponer y esperar.

Sin dejar de fumar, sacó su bello y torneado cuerpo de la cama. Paseó su desnudez por la alcoba hasta el cuarto de baño y cuando regresó de él, procurando no hacer ruido, Michael continuaba dormido. El sí se había agotado en la consecución de sus orgasmos.

Se vistió silenciosamente. Antes de cerrar la puerta del

confortable apartamento, miró hacia el interior. Olfateó el perfume ambiental y musitó:

—Adiós, Michael, no habrá una segunda ocasión.

Bajó a la calle y tomó un taxi que la llevó al apartamento que compartía con dos mujeres profesionales e independientes como ella. Tenían hecho un pacto: Ninguna de las tres llevaría hombres a casa. La que quisiera tener su vida sexual, debía buscar otros lugares. De este modo, entraban y salían del piso con entera tranquilidad.

Cada una tenía su propia alcoba y el saloncito lo compartían las tres. No se veían al mediodía y raras veces a la hora de la cena. Salvo el desayuno, las tres comían fuera.

Ni Josy ni Xina estaban en el apartamento, pero en la bandeja sobre la que solían dejar el correo había varias cartas para ella. Dos eran del Banco, una de una «*boutique*», había dos invitaciones de discotecas de moda y una carta que le interesó especialmente.

«Señorita Escorpio» decía la dirección. Tanto Josy como Xina y ella misma tenían distintos signos del zodiaco y los utilizaban para según qué relaciones. El remite era de Marie Leblanc, astróloga.

Connie sabía que la tal Marie Leblanc colaboraba en varias revistas. Había escrito un par de libros sobre astrología y sus predicciones podía oírlas en una emisora de radio ya de madrugada. Se la podía consultar por teléfono o por carta. Connie había optado por escribirle y ahora ya tenía la respuesta en sus manos.

Había estado esperando aquella carta que por el volumen de correspondencia que recibía la astróloga tardaba en llegar y ahora que la tenía en sus manos, se decía a sí misma que era una tonta por confiar en una pseudociencia inexacta pese a la aureola de matemáticas con que pretendían razonarla. De súbito le había perdido todo el interés y se llamaba Inculta a sí misma por creer en semejantes tonterías.

Dejó la carta sobre la mesa y se preparó un desayuno generoso. Mientras lo consumía, volvió a mirar la carta de la astróloga. La pinzó con sus dedos, la movió en el aire y acabó rasgando el sobre.

La carta tenía un membrete, «MARIE LEBLANC, astróloga». Después, parecía seguir un patrón fijo. Estaba escrita con máquina electrónica, perfecta alineación y márgenes compensados, quizás demasiado aséptica, pero la astróloga era una profesional y debía

atender a mucha gente que, como ella, quería conocer su horóscopo.

«Estimada señorita Escorpio:

»He tomado muy buena nota de su fecha de nacimiento. Conocer hasta el minuto y lugar exacto del alumbramiento me ha permitido ajustar al máximo su carta natal.

»Señorita, Escorpio es un signo babilónico de agua, fijo y femenino, regido por Marte y Plutón. En su caso, tiene una influencia lunar muy marcada y puede estar rodeada de engaño, también tiene una conjunción Plutón-Urano. Lamento tener que decirle que las cosas le van a ir mal. Ejerce un gran atractivo sobre su entorno, pero hoy seres con otros signos que no se dejarán dominar y serán negativos y con peligro para usted. Su proyección profesional podría ser magnífica de no presentarse en un futuro inmediato una tragedia sangrienta.

»No es mi norma advertir claramente aquello que puede ser nefasto para mis consultantes, pero por su letra y forma de redacción, me parece usted una mujer inteligente, culta, decidida y libre de prejuicios. Cuídese, cuídese mucho, la muerte la ronda, tiene sus ojos fijos en usted.

»Disculpe mi franqueza, pero yo misma he quedado muy sorprendida ante la claridad del resultado de su carta natal. Afectuosamente,

»Marie Leblanc»

Connie parpadeó, no daba crédito a sus ojos y volvió a leer aquel resultado a su consulta astrológica. Arrugó la carta y la arrojó al interior de una papelera. No había ninguna sonrisa en su rostro,

estaba pálida, preocupada, y se le había ido el apetito.

CAPÍTULO II

El timbre del teléfono repiqueteó monótono e insistente.

—¡Cogedlo! —gritó Connie desde el cuarto de baño.

Alta, delgada, con gran personalidad y una abundante cabellera negra llena de rizos que daban a su cabeza un gran volumen, Josy caminó taconeando sonoramente y descolgó el auricular.

—¿Sí? —Escuchó la voz de un hombre extranjero y le pidió—: Un momento. —Tapó el micro con la mano y llamó a gritos o su amiga—. ¡Connie, es para ti!

—¡Ya voy!

Connie apareció envuelta en una gran toalla y protegía su cabello rublo oscuro con un gorrito de plástico.

Tomó el auricular y se presentó a sí misma.

—Soy Connie. ¿Quién llama?

—Soy Gelao —dijo la voz del portugués al otro lado de la línea.

—Ah, es usted… ¿Tuvo problemas en el atentado?

—No, no exactamente, parece que era un desgraciado asunto entre árabes. La llamo para interesarme por su salud, yo ya había salido de la embajada.

—Estuve a punto de ser una de las víctimas, pero gracias a que me empujaron, caí al suelo y me libré de la metralla.

—Me alegro mucho, señorita Connie. Verá, quería disculparme.

—¿Disculparse?

—Sí, mi petición fue incorrecta. Usted no es del tipo de mujeres que aceptan cierta clase de proposiciones.

—Olvídelo. Esa clase de proposiciones son casi normales en determinadas circunstancias.

—Sí, pero no le mostramos nuestro agradecimiento por su buen trabajo en la embajada.

—Pagaron a la agencia, ¿no? Pues ya estoy satisfecha.

Connie estaba algo cortante, pero el portugués no parecía querer terminar aquella conversación telefónica. Era obvio que deseaba un nuevo encuentro con la mujer.

—¿Puedo invitarla a cenar?

—¿A cenar?

—Sí, se lo debo y no piense mal, no hay nada oscuro en esta invitación. Por favor, acepte, o tendré que ir a la agencia para contratarla a usted todos los días y todas las noches. —No, por favor— pidió Connie riéndose, halagada por aquella amenaza. —Me gusta cambiar en mi trabajo, es más divertido.

—Bien. ¿Me aceptará una cena de desagravio?

—Está bien, veo que me ha puesto cerco y que no puedo hacer otra cosa que rendirme.

—¿Esta noche?

—No, esta noche no, llámeme mañana.

—De acuerdo, la volveré a llamar mañana. Gracias por no estar molesta conmigo.

—Muy amable.

Connie colgó.

Encajada en una butaca, Josy fumaba un cigarrillo cuya punta encendida casi apuntaba al techo.

—¿Un ligue extranjero?

—Le conocí en la embajada.

—Fue una cena muy movida. ¿Cuántos muertos?

—Tres y varios heridos. Me aterroriza pensar que ahora podría estar en un hospital llena de quemaduras.

—Y ese español, ¿cómo está?

—No es español, es portugués.

—Bueno, más o menos…

—Se ha empeñado en llevarme a cenar.

—¿Y después?

—Nada.

—Qué raro, parecía muy interesado.

Volvió a sonar el teléfono. Sonriendo tras el cigarrillo, Josy opinó:

—Parece que se ha olvidado de decirte algo.

Connie torció el gesto y descolgó.

—¿Sí?

—¿Connie? Soy Michael Raven.

—Ah, hola.

—Me gustaría que nos viéramos.

—Hay flores cuyo esplendor solo dura un día, Michael.

—¿Te defraudé?

—No insistas, por favor.

—Tenemos que volver a vernos. Si cometí una torpeza he de saber en qué metí el remo.

—No tienes que disculparte, las cosas son así, ocurren simplemente y luego hay otros horizontes. ¿Cómo has averiguado mi número de teléfono?

—Pues, cometí una indiscreción.

—¿Abriste mi bolso de mano en tu apartamento?

—Sí, otra cosa de la que debo disculparme, pero no me arrepiento de ella porque así sé dónde encontrarte. ¿Quedamos para esta noche? Me han recomendado un sitio…

—Muy acogedor e íntimo —completó ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo Imagino. Mira, tengo mucho trabajo, llámame mañana.

—¿Mañana, por qué no hoy? —inquirió avasallador.

—Hoy no puede ser. Hazme caso y evitarás que te cuelgue el teléfono.

Cuando Connie colgó, Josy había consumido ya medio pitillo y la observaba con una sonrisa entre maliciosa y admirativa.

—¿Otro ligue?

—Es un actor de cine al que conocí en la embajada.

—¿Michael Raven?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Tú has dicho el nombre y yo vi el telenoticias sobre al atentado de la embajada. Lo sacaron a él y dijeron que había escapado a la muerte de milagro.

—El fue quien me arrojó al suelo y después me llevó en su coche.

—Chica, no pierdes el tiempo.

—Te juro que no le puse cerco, tenía muchas admiradoras.

—Lo creo. Con ese pelito recortado alto y crespo me recuerda a James Dean.

—Es más alto —puntualizó Connie.

—Ya lo sé, y seguramente tú sabrás sobre él más que ninguna otra mujer.

—Si piensas someterme a un tercer grado, olvídalo. ¿Acaso tú no tienes tus ligues?

Josy iba a replicar algo cuando volvió a sonar el teléfono y las dos miraron el aparato, preocupadas.

—Puede que ahora sea para ti —dijo Connie.

—No, chica, hoy es tu día de llamadas. Vamos, descuelga o se va a cansar. Todavía envuelta en la gran toalla de baño, Connie descolgó el aparato.

—¿Diga?

—¡Connie!

—¡Bob!

—No te molestes por esta llamada, acabo de llegar de un largo viaje y me gustaría hablar contigo.

—Olvídalo.

—Vamos, no seas así. Nuestro divorcio fue civilizado, sin rencor, sin tirarnos los platos a la cabeza. Sólo te pido que nos veamos porque me gustaría cambiar impresiones contigo.

—Olvídalo —repitió lacónica y cortante.

—No puedo ocultar que he conocido a otras mujeres, pero con ninguna he podido comunicarme como contigo, me haces falta.

—Haberlo pensado antes.

—Oye, espera antes de colgar. Algunos divorciados se han vuelto a casar.

—Ése no es nuestro caso, Bob.

—Bueno, me parece que voy demasiado aprisa, pero como los dos nos conocemos tan bien, eso nace que todo ruede más ligero.

—No tiene que rodar de ninguna manera.

—Me doy cuenta de que he pinchado en hueso, pero si llamo a otra hora quizás te encuentre más comprensiva. Tuvimos momentos muy buenos.

—Y otros no tan buenos.

—Un tiempo de distanciamiento obra milagros.

—No hubo una separación temporal, una excedencia de funcionario que le permite volver a su puesto de trabajo, hubo un divorcio, Bob.

—Ya lo sé, pero…

—Disculpa, pero estoy liada con el baño. Adiós. —Y colgó.

—¿Te preparo un trago? —preguntó Josy.

—Si, creo que me hace falta —aceptó Connie dejándose caer en el sofá y liberando su cabello rubio oscuro de la capucha de plástico que lo había aislado del agua de la ducha—. ¿No te ha ocurrido que en ocasiones no te llama nadie y en cambio otro día te llaman varias personas que no están conectadas entre sí?

—Sí, sí me ha pasado, claro que tú estás muy asediada, todos te quieren invitar a cenar. ¿No es eso? —Sí, eso es.

—Y no has quedado con ninguno.

—Pues no.

—Oye, si te sobra alguno, me lo pasas. Estoy libre y creo que Xina tampoco anda muy ocupada estos días.

—Pues si vuelve a sonar el teléfono, cógelo tú.

—Pero si van por ti, debes tener los astros a favor. Oye, ¿qué te decía la carta de la astróloga que recibiste?

—Josy —puso seriedad en su rostro—, ¿tú crees en la astrología?

—¿En lo que dicen los horóscopos de las revistas?

—Bueno, ya sé que eso es un pasatiempo para tontos, y tontos somos muchos, porque terminamos leyendo esos horóscopos que además no son coincidentes.

—¿A qué te refieres?

—Si compras dos semanarios de la misma fecha, los horóscopos no coinciden. Es como el vaticinio de los hombres del tiempo, tampoco coinciden, así un día lo acierta uno y otro día el otro y los horóscopos es igual, pero yo quería preguntarte por la astrología más en serio, por las cartas astrales hechas matemáticamente.

—Somos muchos los que picamos en eso y se hacen tantas cartas astrales que han llegado a inventar la máquina de los horóscopos. Pones unas monedas, tu fecha y lugar de nacimiento y sale tu horóscopo. Nuestro futuro no es más que la digestión electrónica de los datos que previamente se le han hecho tragar a un ordenador que, para que parezca más atractivo, encierran en una caja grande de metal y le pintan estrellas y adornos que tengan que ver con los signos del zodíaco. Esas máquinas dan dinero, lo que indica que todos podemos interesarnos en los horóscopos.

—Yo no creo en esos ordenadores —confesó Connie—. Pienso que una carta astral debe hacerla un buen astrólogo. Hay algo más que quien hace la carta astral pone de sí, es como si captara algo, tiene matices, diferencian una carta astral de otra, mientras que el ordenador, bueno, resulta que todos somos iguales si hemos nacido el mismo día, a la misma hora y en la misma ciudad, y eso no es cierto, ni siquiera dos hermanos gemelos univitelinos son iguales. Bien, pedí mi carta astral y Marie Leblanc me la hizo.

—Y por lo que deduzco, no te ha gustado el horóscopo.

Connie asintió, preocupada.

—¿Qué te dice, que te vas a volver a casar? —se rió Josy.

—Eso de la astrología son tonterías, lo decimos todos y luego pedimos nuestra carta astral, que nos lea la mano una gitana quiromántica o que nos echen el tarot. Si decimos no creer, ¿por qué «picamos»?

—Porque en el fondo sí creemos.

—Pero hay muchos que son embaucadores, vividores de todo este mundillo de la brujería y la adivinación.

—Los astrólogos no se consideran inmersos en el mundo de la brujería, querida, son otra cosa. Como los alquimistas con los químicos modernos, ellos fueron el embrión de lo que hoy es astronomía y que ha hecho saltar el hombre al espacio.

Connie bebió un trago de *whisky*. Después, inclinada hacia delante con actitud pensativa, dijo:

—Creo que si buscamos a alguien que sepa hacer una carta astral o una adivinación es porque creemos que esas personas existen, que entre muchos embaucadores existen verdaderos videntes. —Suspiró—. Me han vaticinado una muerte sangrienta en breve plazo.

—¡Caramba! Creí que una muerte Inmediata y de forma sangrienta no se atrevían a pronosticarla, entre otras cosas porque hay muchas posibilidades de error.

—¿Y si de verdad van a matarme?

—No te lo tomes tan en serio, mujer, consulta a otro astrólogo o que te echen las cartas, así podrás contrastar y no tendrás un solo vaticinio.

—Sí, quizás sea lo mejor.

—A una muerte sangrienta estamos expuestos todos, querida. Un

accidente de automóvil, un avión que se cae, un atracador que irrumpe en el Banco cuando estamos dentro… Todos corremos ese peligro, pero no debemos obsesionarnos.

—Es que a mí me lo han dicho por escrito.

—Pues, es un poco bruta esa señora.

—No creas, en realidad me pide disculpas. Dice que debido a mi cultura, que se nota en la carta que yo le envié, se ha decidido a decirme la verdad. Ya sabes que la mayoría de esos astrólogos y leedores del porvenir parece que te digan muchas cosas pero sólo te sueltan ambigüedades, no se comprometen. Que sí pero que no tanto, que a lo mejor es que no, que todo depende de esto y de aquello.

—Yo, de ti, no haría caso de esa carta astral. Cuando pedimos conocer nuestro porvenir, lo que deseamos es que nos digan lo guapas que somos, que un hombre nos amará locamente, que nos será fiel, tendrá millones y nuestra salud será excelente.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Ambas miraron hacia ella, luego se miraron entre sí y Josy opinó:

—No creo que Xina se haya olvidado la llave.

—Abre tú, que yo estoy solo con la toalla. Si no fuera por la calefacción, ya habría pillado una pulmonía.

Connie se colocó en una butaca de espaldas a la puerta para no ser vista y Josy fue a abrir.

—Un paquete para la señorita Connie Hyman —dijo un joven mensajero.

—Dámelo.

—Tiene que firmar —puntualizó el mensajero alargándole un paquete de tres o cuatro palmos de largo por dos de ancho.

—Sí, claro, y encima darte una buena propina porque estará pagado el porte, ¿verdad?

—Sí, está pagado —admitió el chico entregándole un bloc y un bolígrafo para que firmara.

—¿Y quién envía esto?

—Golden Steel —respondió el mensajero tomando el bloc y la propina que le dio Josy.

Ésta cerró la puerta y fue hacia su amiga con el paquete.

—Por lo que pesa, no son flores. ¿Quién es el galán?

—No lo sé —dijo Connie apresurándose a romper las cintas

adhesivas que cerraban la caja.

—Encontrarás la tarjeta dentro, aunque se suele poner fuera.

Algo nerviosa, Connie abrió la caja buscando la sorpresa que encerraba en su interior.

—¡Aaaaaah!

Al tiempo que gritaba, Connie arrojó la caja al suelo con su contenido que medio se salió.

—¡Dios mío! —exclamó Josy llevándoe las manos a la cara con cierta expresión de horror—. ¡Un gato muerto, qué asco! —chilló Connie. Con los dientes prietos, como mordiendo las palabras, Josy opinó:

—Esto es una broma pesada, alguien te odia.

—¡Dios mío, la carta astral tenía razón! ¡Tengo miedo, tengo miedo!

CAPÍTULO III

Connie abrió los ojos. En medio de la oscuridad, otros ojos que no eran los suyos brillaban fosforescentes delante de su rostro. Eran ojos amarillentos que se estiraban malignos, misteriosos.

—¡Fuera, fuera!

—¡Miauuuuu!

El felino respondió con un maullido que no parecía propio de su especie. Era como si hablara, como si le dijera algo que ella debía entender.

—¡Fuera, fuera de aquí!

«Te mataré», semejó maullar el felino del cual sólo veía los malignos ojos.

El miedo de la joven iba en aumento. Quiso retroceder en la cama y el cabezal se lo impidió. Frente a ella sólo había unos ojos y todo lo demás, oscuridad, era como si en el mundo no existiera otra cosa que aquellos ojos amarillos que la aterrorizaban.

«Te mataré», repetía con su maullido quejumbroso, diabólico.

Tuvo la impresión de que una zarpa enorme, provista de garras capaces de traspasar su cuello y decapitarla, iba a caer sobre ella. Ahogó un grito, giró sobre sí misma y le pareció que se precipitaba al interior de un pozo tenebroso golpeándose contra sus paredes rocosas en una caída que no terminaba nunca.

Al fin, quedó quieta sobre un suelo firme y no podía decirle que hubiera sufrido daño, porque no hubo choque al final de aquella caída.

«Te mataré…»

Los ojos malignos del gato volvían a estar cerca de ella y a juzgar por su tamaño, por la separación entre ambos, aquel animal tenía la cabeza tan grande como la de un hombre corpulento.

Reptó por el suelo y sintió el terror de los ratones al encontrarse entre las garras de un gato. Logró incorporarse y corrió desesperadamente. La bestia la perseguía sin fatiga, sin correr, sin dejar que su voz se alejara. Siempre estaba como encima de ella.

Su pie derecho se hundió en algo blando que, como un cepo, se cerró en torno a su tobillo. Había caído en una trampa de la que no podía escapar. Había llegado el fin de la ratoncilla, el siniestro gato iba a darle el zarpazo letal.

—¡Nooo! —chilló.

De pronto, en el fondo de sus ojos casi desorbitados se hizo la claridad, sus retinas se inundaron de tanta luz que no vio nada. Quedó cegada un instante hasta que una silueta humana se dibujó ante ella.

—Tranquila, Connie, tranquila, sólo es una pesadilla.

Identificó a su amiga y compañera de apartamento. Los rizos pelirrojos y el rostro pecoso de Xina le devolvieron la tranquilidad.

—Disculpa, era una pesadilla.

—Te he oído gritar y he pensado que debía acudir y encender la luz. Estás sudada.

—¿Sudada? —Connie se miró y sonrió con tristeza—. De miedo. —Trató de estirar un pie y lo notó atrapado entre las ropas de la cama.

—¿De qué se trataba la pesadilla? ¿Un tipo sucio y asqueroso que quería violarte?

—No, no, nada de eso.

—Lástima, siempre soñamos cosas así.

De pronto, una figura rápida y no muy grande saltó sobre la cama.

—¡Ah! —gritó Connie al ver al felino frente a ella, mirándola con sus ojos alargados en actitud atenta y misteriosa.

—Tranquilízate, sólo es un gato.

—¡No quiero verlo, no quiero verlo!

—No te pongas histérica, es un gato siamés muy manso.

—Me pone nerviosa, sácalo de la cama, llévatelo, por favor.

—Ven aquí, gatito precioso —le dijo Xina cogiéndolo—. La verdad es que pesa lo suyo, pero es muy manso. Otro gato no se habría hecho tanto a nosotras de no haber llegado de cachorro. Éste te lo envían de mayor y es como si siempre hubiera estado aquí.

—Xina, yo no tenía nada contra los gatos, pero éste, éste me pone muy nerviosa.

—Lo que pasa es que te lo enviaron drogado para que no se moviera dentro de la caja y pensaste que estaba muerto y que era una broma macabra, pero sólo estaba dormido. El que te lo mandó tuvo su gracia.

—Su poca gracia, dirás. Además, no sé quién me lo envió y yo no quiero a este gato en el apartamento.

—Si no lo quieres, ya lo cuidaré yo, pero igualmente vivirá aquí y tendrás que verlo.

—Pues me marcharé.

—¿Lo dices de veras? ¿Te das cuenta de que pones el dilema, entre un gato y nuestra compañía? Estás demasiado nerviosa.

—Es que en la pesadilla, el gato me perseguía.

—¿Y tanto miedo porque te perseguía un gato? —Se echó a reír.

—Ya sabes que en las pesadillas todo se distorsiona, las dimensiones cambian y —dudó temblorosa, evitando la mirada del gato que Xina sostenía en su regazo—. Él era grande y yo pequeña, muy pequeña.

—Eso es que te Impresionó la forma en que te lo mandaron. Anda, vuelve a dormirte, me llevo a Mefisto.

—¿Mefisto?

—Como tú no le habías puesto nombre, Josy y yo…

—No le he puesto nombre porque no lo quiero.

—Tonterías. Cuando un tipo guapo y adinerado llame para decirte que ha sido él quien te ha regalado el gato, lo querrás. Anda, vuelve a dormirte —le dijo Xina llevándose el gato.

—No cierres la luz.

Antes de que hubiera cruzado el umbral del dormitorio de Connie, se pudo oír el timbre del teléfono. Xina fue a la salita y descolgó. Al poco regresó al cuarto de su amiga siempre llevando al gato consigo.

—Era para ti.

—¿Quién?

—No sé, un hombre con voz muy, muy, ya sabes.

—¿Está al teléfono?

—No. Ha dicho que no olvides —la cita y ha colgado.

—¿La cita?

—Sí, mujer, la cita. Ya me ha contado Josy que tienes más suerte que las putas.

—No recuerdo tener ninguna cita.

—Quizás no lo recuerdas ahora porque estás todavía como atontada, pero verás como lo recuerdas. Yo no tengo la suerte que tú, que te llaman tantos hombres, incluido tu «ex». —No bromees y llévate a ese gato.

—Chica, qué carácter…

CAPÍTULO IV

—Connie…. —El empresario portugués cogió el vaso alto de vino con las dos manos y puso su mirada en él como si buscara en su fondo una ayuda o una inspiración.

—Es una cena muy agradable —comentó la muchacha rompiendo el largo silencio que se había producido mientras el hombre buscaba la frase justa para expresar sus sentimientos.

—No sé cómo hablarle, me es difícil. Cometí una torpeza con usted y…

—Olvídelo, olvídelo —le dijo mientras le miraba sin aparente fijeza, pasando sus ojos grises del plato al hombre.

—Me gustaría que esta cena fuera el principio de una amistad en la que nada tendría que ver el que yo sea un empresario y usted una intérprete contratada.

—Será agradable mantener una amistad con un hombre tan interesante como usted, y si le sirvo de intérprete cada vez que venga a Londres, lo mismo a usted que a sus colegas, mucho mejor.

—Sí, claro, por supuesto que será nuestra intérprete preferida, pero me gustaría que entre usted y yo hubiera amistad, algo especial, y le prometo no volver a cometer más torpezas.

—¿Hace usted regalos a sus amigas especiales? —preguntó Connie sin mirarle en apariencia, pues le vigilaba a hurtadillas como una joven vergonzosa.

—¿Regalos, de veras aceptaría un regalo sin considerarlo un gesto mal intencionado por mi parte?

—¿Ha regalado usted gatos alguna vez?

—¿Gatos? —Quedó perplejo y la expresión de su rostro le pareció a Connie totalmente sincera.

—¿Qué clase de gatos le gustan a usted?

—Pues, la verdad, yo tengo dos perros allá en Oporto.

—Entonces, los gatos no le gustan.

—Me parecen traidores, claro que si a usted le gustan…

—Ya tengo uno, siamés y muy especial, tiene la cara más oscura de lo normal en su raza.

—La verdad, no entiendo de gatos y apenas distingo una raza de otra.

—¿Sabía que se dice que algunos gatos siameses tienen el poder de la telepatía?

—Pues no. ¿Trata de decirme que los gatos se captan el pensamiento entre ellos?

—Lo que quiero decir es que pueden captar el pensamiento de las personas.

—Eso me parece más complicado aún.

—La verdad es que yo no he podido comprobarlo, sólo lo he leído y ya sabe que algunos autores, cuando escriben de algo que les gusta, exageran.

—Si, eso será, porque me parece increíble que un gato pueda captar el pensamiento de un ser humano aunque sea su amo y vivan muy unidos.

—Supongo que no se refieren a conceptos complicados, pero el gato capta si se le quiere o se le desea algún mal.

—Bueno, eso también lo saben los perros y no presumen de telepatía —se rió Gelao tratando de mostrarse simpático.

Connie se dejó llevar a una revista musical para la que Gelao tenía dos entradas. De haber tratado de conseguirlas ella, habría tardado por lo menos tres meses. Era paradójico que los extranjeros obtuvieran entradas para las revistas musicales antes que los propios londinenses.

El portugués, se comportó respetuosamente, Connie se lo agradeció porque no tenía ningún interés personal en aquel hombre, aunque tampoco deseaba que él hablara mal de ella en la agencia para la cual trabajaba.

Era ya de madrugada cuando Gelao, con un lujoso automóvil alquilado, se estacionaba frente al edificio de apartamentos donde vivía Connie.

—Gracias por la velada, Gelao, ha sido muy agradable.

El portugués hubiera deseado apostillar que aquella salida

nocturna le había parecido demasiado fría y aséptica, pero había emprendido otro camino para poner cerco a aquella mujer que tanto le gustaba y optó por sonreír y decirle:

—La acompañaré hasta la puerta de su apartamento.

—Oh, no es necesario.

—He oído demasiadas cosas sobre la peligrosidad de Londres en la noche, déjeme acompañarla. Después de todo, es una costumbre que los caballeros deben mantener con las mujeres.

—Si se empeña, me sentiré más protegida. Connie no le dio mayor importancia. Gelao quería acompañarla hasta la puerta del apartamento y posiblemente, allí se pondría algo más tierno. Trataría de robarle algún beso, dejaría que la mano se le escapara «involuntariamente» por el cuerpo femenino siguiendo alguna de sus atractivas redondeces y ella no tendría que darse por enterada. Después de todo, la caricia de la mano de un hombre, si no se tenía como algo sucio, siempre resultaba agradable para cualquier mujer.

Le miró. Connie seguía sonriendo. No era ninguna adolescente para temer aquella situación. Abrió el portal y tras cruzarlo ella, Gelao se internó en el vestíbulo del edificio con la habilidad suficiente para no quedarse fuera con las narices pegadas a la puerta de madera y cristal.

—Es un lugar agradable —opinó Gelao mirando el enmoquetado *beige* de las paredes que contrastaba con el enmoquetado rojo oscuro de los suelos.

—Es un edificio antiguo bien reformado, tiene todo lo moderno imprescindible, claro que los apartamentos podrían ser más grandes para los precios que se cobran.

—Cierto, los precios de los apartamentos de las grandes ciudades del mundo occidental están muy caros. Se ha especulado demasiado con el suelo urbano. La verdad es que yo mismo invierto parte de los beneficios de mi empresa en propiedades urbanas. Por cierto, ¿se le pasó ya el miedo?

—¿Miedo? —repitió sobresaltada cuando ya subían en el ascensor.

—Sí, por el atentado terrorista de la embajada.

—Ah, si, fue horrible, varios muertos.

—Le salvó la vida ese actor… ¿cómo se llama?

—Michael Raven.

—Eso, ese actor que hace películas porno.

—No exactamente, sólo eróticas.

—Bueno, eso es lo que se suele decir cuando se le acusa a uno de porno. Tengo un amigo que graba vídeos porno y siempre replica que son sólo erótico-artísticos.

Se abrió la puerta del ascensor y Connie dio dos pasos saliendo de la cabina. Gelao empezaba a ponerse tierno, se le notaba en los ojos y en aquellas circunstancias, Connie prefería no quedar encerrada en un lugar tan pequeño como era la cabina de un ascensor.

—Vivo en aquella puerta junto con unas amigas, compartimos el apartamento.

Obediente, un paso tras ella, pues la mujer avanzaba aprisa por el enmoquetado pasillo, llegaron ante la puerta de madera y allí se detuvieron mientras la joven sacaba el llavín.

—Voy a separarme de mi mujer —dijo él.

—Si no congenian, hace bien.

—Es inaguantable. Su padre es militar y ella tiene ideas cerradas, piensa que con sus ideas religiosas y políticas ha de salvar al mundo y, la verdad, yo quiero vivir mi vida lo más agradablemente posible.

—Si es hija de un militar, seguro que se habrá criado en medio de una disciplina insoportable —asintió Connie, amable pero tratando de cortar. El portugués cada vez se ponía más tierno y sus intenciones ya salían a borbotones por su boca, por sus ojos; sólo faltaba que sus roanos expresaran lo mismo.

—Cuando me casé con ella, su familia pensó que yo no era bastante y siguen pensándolo después de un montón de años, cuando mi fortuna personal supera con creces la de su familia. He pensado mucho sobre mi vida, creo que tengo derecho a rehacerla y más ahora que la fortuna me sonríe.

—Claro que sí, está en su derecho de rehacerla y le deseo mucha suerte. Buenas noches, Gelao, es algo tarde y no quiero despertar a mis amigas. Tenemos hecho un pacto de silencio por las noches para no molestarnos.

Era evidente que el hombre quería hablar más, mucho más, y se había quedado con la boca abierta. Tuvo que forzar una sonrisa que deseó no le saliera gélida.

—La volveré a llamar, Connie.

—Cuando usted quiera. Buenas noches.

Penetró en el apartamento y cerró la puerta con cierta coquetería pero Inexorablemente. No deseaba que el hombre que tan amablemente se había comportado con ella se sintiera como con un portazo en las narices.

Cerrada ya la puerta, Connie suspiró largamente. Aquél no era el hombre de su vida, jamás podría serlo. Por otra parte, estaba segura de que Gelao podía colmarla de confort y satisfacer todos sus deseos y caprichos consumistas.

«Seguro que él no ha sido el del gato», se dijo mientras se dirigía hacia su dormitorio.

Encendió la luz. Su cama estaba hecha, bien arreglada. Sentía los pies cansados. Pensó que una ducha de agua caliente sería lo mejor antes de meterse entre las sábanas.

Apenas había encendido la luz del baño y arrojado los zapatos que constreñían sus pies cuando sonó el timbre del apartamento. Se detuvo, cerrando los ojos.

—Dios… ¿Qué se le habrá olvidado?

Si no acudía a abrir la puerta, Gelao insistiría con el timbre y sería peor.

Sólo con las medias enfundando sus pies, caminando sobre el enmoquetado verde del piso, fue a abrir.

Gelao semejó abalanzarse sobre ella. Connie, ahogando una exclamación, saltó hacia atrás dejando así que el cuerpo del hombre cayera hacia delante. Quedó con los pies fuera del apartamento y el cuerpo dentro. Rápidamente, la moqueta comenzó a mancharse de sangre mientras la puerta del ascensor se cerraba sin que ella lo advirtiera.

Los ojos grises de Connie se agrandaron de espanto al ver el enorme y afilado cuchillo de cocina atravesando el cuello del portugués de parte a parte. La brillante hoja de acero le había entrado por encima del hombro derecho y salía sangrienta por el hombro izquierdo. Gelao no podía decir nada, tampoco gritar. Su boca estaba abierta y por ella escapaba la sangre a borbotones.

El grito que Connie lanzó despertó a sus amigas y a los moradores de los apartamentos vecinos.

—¡Connie! ¿Qué pasa? —gritó Xina corriendo en su ayuda

cuando a Connie le desfallecían tanto las rodillas que estaba a punto de desplomarse sobre la moqueta.

—Miaaaauuuu…

Connie se volvió y sobre el sofá descubrió a Mefisto mirándola con sus inquietantes ojos.

—Xina, Xina —se agarró al brazo de su amiga, suplicante—, por favor, por favor, no dejes que pierda el sentido.

CAPÍTULO V

Seria, pálida, con la mirada perdida hacia la ventana, Connie se hallaba sentada frente a una mesa despacho que tenía un teléfono y una jarra de madera repleta de bolígrafos y rotuladores.

El despacho era pequeño y poco confortable, posiblemente el tercio de lo que primitivamente fuera un despacho grande.

Al abrirse la puerta a su espalda, ni se movió. Notó el desplazamiento del aire en su cuello, en su cabello.

Un hombre alto, joven, de cabello castaño y con un bigote grueso y largo, terminó sentándose frente a ella. Connie le miró a los ojos; tenían color de uva de champaña. La mandíbula era algo grande, transpiraba fuerza, voluntad.

—¿Se encuentra mal? —preguntó él con mirada Inquisitiva.

—No lo sé.

—¿Quiere que le traigan un café o un té?

—No sé si tengo hambre o no la tengo.

—Está bien, podemos hablar un poco y luego salimos a tomar un bocadillo, yo también he de alimentarme.

La joven no respondió. El hombre volvió a mirarla Inquisitivo.

—Soy el inspector Peter Wallace.

—Ya lo sé.

—¿De veras se encuentra bien?

—Sí, sí, pregunte, aunque creo que ya lo he dicho todo.

—Tengo sus declaraciones, hechas a otros funcionarios de Scotland Yard, pero estoy encargado de este caso y debo preguntarle algunas cosas.

De un cajón sacó un cuchillo de cocina excesivamente largo para estar en una cocina normal, un cuchillo muy puntiagudo y afilado.

—¿Lo había visto antes?

Connie tuvo un ligero sobresalto, el brillo del cuchillo la impresionó.

—Sabemos que no estaba en su apartamento, sus compañeras tampoco lo han visto nunca antes. Hemos buscado por las cuchillerías del barrio y en algunos almacenes y no tienen esta marca.

—¿Encontrarán a quien lo compró?

—Puede ser, nunca se sabe, pero aunque no es un cuchillo muy vendido por sus dimensiones de hoja, está fabricado en serie y, lógicamente, se habrán vendido muchas unidades iguales. Scotland Yard investiga a fondo y siempre hay agentes dispuestos a gastar horas y horas hasta encontrar «la aguja en el pajar».

—Ojalá lo encuentren pronto.

—Por sus declaraciones sabemos que no reciben a desconocidos en el apartamento.

—Así es. Allí vivimos Xina, Josy y yo a solas.

—¿Y si tienen un ligue es fuera del apartamento?

—Así es, somos mayorcitas y sabemos lo que nos conviene o lo que no.

—Usted salió con el señor Gelao, empresario portugués, fueron al restaurante y luego a la discoteca.

—Sí, creo que ya lo he contado varias veces.

—Es raro que después del acuchillamiento no hubiera señales de robo. El asesino sólo quería matar.

—Eso parece.

—¿No recuerda nada, absolutamente nada, no vio a nadie?

—No, sólo sé que quieren matarme a mí también.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Peter Wallace puso cara de duda.

—Si dice que quieren matarla, será por alguna causa.

—Estoy segura de que me matarán.

—¿Cómo lo definiría, corazonada, instinto femenino?

—Algo así. Es mi destino, lo sé, me matarán.

—¿Quién?

—De verdad, no lo sé, y eso aún me angustia más.

—Su ficha dice que es usted divorciada y tenemos el nombre de su «ex».

—¿Lo van a investigar?

—Sí, y si ha tenido usted amistad o relaciones con otros hombres, sería bueno que nos diera sus nombres, especialmente de los que hayan sufrido alguna situación de decepción, desprecio o celos.

—El señor Gelao sólo me contrató como intérprete para la recepción de la embajada.

Era un hombre muy amable, no tenía ninguna otra relación con él.

—Sí, claro, pero alguien pudo verles y pensar otra cosa diferente. También existe el asesino que comete sus crímenes de una forma gratuita, sin causa aparente, pero son muy pocos. En el fondo, el que más o el que menos tiene sus motivos, motivos que en ocasiones sólo un psiquiatra puede descifrar. Yo me inclino a creer que los asesinos matan por alguna causa concreta. En este caso, no ha habido robo, pero puede haber celos o venganza. Puede que el asesino le fuera siguiendo a él ansioso de cobrarse una venganza personal hasta que consiguió encontrarlo a solas y asesinarlo. El portugués era hombre de relaciones internacionales, tenía empresas, exportaba e importaba, podía tener enemigos, gente a la que le debiera dinero o alguna cuenta extraña. Existe una baraja completa de motivos que pueden inducir al crimen, lo que hace falta es acertar con la carta exacta. Conociendo el motivo, es más fácil capturar al criminal. Si usted nos ayuda, nos facilitará las cosas, dejaremos de dar palos de ciego.

—Seguro que si sé algo se lo diré, inspector Wallace.

—¿Su ex-marido es alto?

—Sí, ¿por qué?

—El asesino tiene una considerable estatura.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la horizontalidad con que atravesó el cuello de su víctima con este cuchillo. Una persona más baja que la víctima habría clavado la hoja del cuchillo con una inclinación de abajo arriba tanto más cuanto menor fuera su estatura.

—Es curioso.

—El asesino atacó por la espalda y estamos ante dos posibilidades: Una, que la víctima se sintiera acosada e impotente, como cuando somos atacados y nos ponen de cara a la pared.

—¿Y la otra?

—Más sencilla, que la víctima no recelara del asesino. Le cuento estos detalles para que no los olvide. Usted misma ha dicho que está segura de que el asesino la atacará a usted.

—Sí, pero ¿cómo podré saber quién es?

—Puede que sea alguien que conozca y del que no recele en absoluto, por eso tendría que decirme los nombres de las personas que ha conocido últimamente. —Quedó algo pensativo y golpeó ligeramente con la hoja del cuchillo sobre la mesa—. Es muy curioso que también estuviera a punto de morir la otra noche en la embajada.

—La muerte me persigue y tengo miedo, mucho miedo porque no va a fallar siempre conmigo.

—Si usted lo cree necesario, le pondremos una protección discreta.

—¿Vivir todo el día con un policía al lado?

—No para siempre, claro, pero si usted cree que el asesino anda cerca…

—Yo no estoy segura de que me persiga un asesino, sólo estoy segura de que voy a morir, quizás me atropelle un vehículo o sufra cualquier otro tipo de accidente.

—La veo muy aprensiva, quizás fuera bueno que la visitara un psicólogo.

—Un psicólogo no me va a salvar la vida.

—Nunca se sabe. ¿Vamos a tomar ese bocadillo?

CAPÍTULO VI

Pese a estar sentado, míster Fullwer se veía alto. Su cabeza estaba sonrosada en la parte alta y calva; sin embargo, las patillas eran largas y abundantes, aunque ya plateadas por sus casi cincuenta años de vida. Sus cejas eran espesas y muy juntas mientras que los ojos pequeños aparecían excesivamente hundidos en las cuencas.

—¿Te encuentras ya bien, Connie?

—Sí, sí, estoy bien.

—Te veo pálida, has pasado un mal trago. Deberías ir al médico para que te diera algún tranquilizante, sin duda te favorecería.

—Quizás lo haga —respondió evasiva.

—Bien. ¿Te ves con ánimos para aceptar un trabajo?

—Sí, claro, por eso estoy aquí —asintió mirando con más atención a míster Fullwer, propietario y director de la agencia de intérpretes.

Recordó que hacía algún tiempo le había hecho algunas proposiciones sexuales que ella había rechazado; sin embargo, él no había tomado represalias y la relación laboral se había llevado bien, sin problemas. Incluso, Connie había llegado a pensar que míster Fullwer había tenido con ella algunas atenciones por encima de los otros intérpretes que trabajaban para la misma empresa.

—¿Qué te sucede, Connie, por qué me miras tan fijo?

Ella sacudió la cabeza y forzó una sonrisa.

—No pasa nada, me abstraigo. Todavía no he asimilado bien lo sucedido. Sabes que hay asesinos sueltos por la ciudad, que cada día se cometen crímenes, pero cuando te toca tan de cerca, lo ves de otra manera.

—Ya, empiezas a ver asesinos por todas partes —ironizó míster

Fullwer algo burlón.

—Sí, eso será hasta que me tranquilice.

—Scotland Yard terminará atrapándolo.

—¿Scotland Yard? Sí, claro. Me ha sorprendido, creía que iba a encontrar un inspector mayor como los de las películas de televisión y me he encontrado con un hombre joven.

—¿Y guapo?

—Sí, no está mal.

—Supongo que se habrá fijado bien en ti.

—¿En mí, por qué?

—Porque tú eres muy hermosa, Connie, y no es de extrañar que un psicópata se enamore de ti y asesine a los hombres que salgan contigo. —¿Conmigo?— repitió asustada, abriendo mucho los ojos.

—Je, je, era una broma, disculpa. A veces, yo mismo me doy cuenta de que no soy muy oportuno.

Connie aceptó el encargo de la agencia y se dirigió al Palace Hotel. Fue al mostrador de conserjería y se presentó.

—Soy Connie Hyman, intérprete, y estoy citada aquí con míster M. McDonald.

El conserje asintió con la cabeza e indicó a un botones que la acompañara a la cafetería del hotel donde estaba míster M. McDonald.

Connie deseó que el hombre fuera amable y le facilitara el trabajo, así se distraería y dejaría de pensar en todo lo que la agobiaba.

—Míster McDonald. —Interpeló el botones deteniéndose junto a una mesa donde un hombre les daba la espalda.

El hombre alargó una moneda al botones y éste se alejó.

—¡Michael!

—Hola. —El actor sonrió, invitándola a sentarse a la mesa.

—¿Qué broma es ésta?

—Vamos, siéntate y dime qué quieres tomar.

—¿Tomar? No voy a perder el tiempo.

—¿Perder el tiempo? Qué tontería. Yo pago a la agencia de intérpretes para que pases la tarde conmigo.

—¿Como si yo fuera una prostituta?

—No. En todo caso, como una bella y educada «*geisha*».

Michael Raven soltó una breve carcajada. Se sentía satisfecho

del sistema empleado para tener a su lado a Connie.

—Tú no me necesitas como intérprete y por lo tanto, me voy, no soy ninguna «*geisha*» ni señorita de compañía.

—Espera, mujer, no te lo tomes a mal. Después de todo, puedo pedirte un favor, te salvé la vida.

—Creo que ya te pagué como tú deseabas.

—No me tomé la noche de amor como un pago. Te he estado llamando y tú no querías salir can —migo. Necesitaba verte, quizás dentro de poco tiempo tenga que marcharme a París, después a Roma y luego quizás haya de regresar a América. ¿Por qué no te vienes conmigo? Lo tienes todo pagado.

Connie lo miró fijamente con sus espléndidos ojos grises. Entonces se percató de que era alto, fuerte y ágil, quizás no tan fuerte como el joven inspector de Scotland Yard, pero Michael tenía algo que atraía a las mujeres, algo que encandilaba al mundo femenino, por ello daba tan bien en pantalla y a eso más que a ser un buen actor se debía su éxito.

—¿Qué te pasa, por qué me miras tan fijo?

—No, nada. ¿Qué es lo que sabes?

—¿Saber, sobre qué?

—¿No has leído los periódicos?

—Leo los americanos, ¿por qué?

—¿Y la televisión?

—Veo poca cosa, documentales, dibujos animados, los partidos de baloncesto…

—Entonces, ¿no sabes nada? —insistió.

—¿Nada sobre qué?

—Bueno, pensé que te habías enterado de que ha habido algún muerto más entre los heridos del atentado terrorista.

—No lo sabía y la verdad es que ya da lo mismo tres que cuatro. Espero que no me cojan de lleno en el próximo atentado en el que me vea implicado. Cuando se viaja mucho se corren estos riesgos, pero te prometo que si vienes conmigo tendremos mucho cuidado, iremos a los mejores hoteles y si hay bombas te protegeré con mi cuerpo. —No voy a viajar contigo.

—¿Por qué?

—Sé que muchas mujeres desearían estar en mi lugar, pero…

—¿Tan mal me porté en la cama?

—No sé si debería decírtelo.

—Vamos, dímelo, serás la primera mujer que me dice algo desagradable, porque es algo desagradable, seguro.

—Eres un egoísta en la cama.

Michael volvió a reír.

—Todos somos egoístas cuando vamos en busca del placer máximo, uno se olvida de las cortesías. Lo que puedo decirte es que seré mejor en la próxima ocasión, lo prometo —dijo levantando la mano y mostrando su palma.

—No habrá otra ocasión. Eres un poco sádico y los sádicos sexuales me dan miedo.

—¿Sádico sexual? Si se publicara eso en revistas de gran tirada subiría mi cotización internacional. Conseguiría más contratos y en mejores condiciones económicas. Si un actor que cae bien por su físico tiene el añadido de un feroz atractivo sexual, tiene más éxito, por eso muchos actores y cantantes se montan ligues diarios aunque no sean ciertos, porque ha habido de muy famosos que luego se ha descubierto que eran maricas.

—Tú no eres marica, pero sí un poco sádico y me das miedo.

—Lamento haberte dado esa impresión. Debí excitarme por el atentado terrorista en la embajada y ¿por qué no decirlo? Por el atractivo salvaje de tu cuerpo.

—Me salvaste la vida, tuviste una noche para recordar y eso ha sido todo. Sería mejor que me olvidaras.

—No, no puedo olvidarte, eres la mujer que más me interesa en este mundo. Pídeme lo que quieras y te lo daré.

—No te pido nada.

—Debes dejar que te seduzca de nuevo porque soy capaz de hacer cualquier cosa por ti.

—¿Cualquier cosa?

—Sí. —Tomó un largo sorbo de «*bourbon*» con hielo que tenía al alcance de su mano. Cambió la actitud y la intensidad de su mirada —. Por eso estás aquí, te he contratado como intérprete.

—Eres un tipo muy especial. Posiblemente tus seguidoras no te conocen bien aunque vean todas tus películas.

—En cada película interpreto un personaje. Puedo ser un soldado héroe en una guerra, un amante fascinador o interpretar el papel de un loco.

—¿Loco?

—Sí, cualquier personaje es válido si te dejan interpretarlo bien, como hizo Tony Perkins en «Psicosis».

—Sí, ya recuerdo —asintió—. ¿Le contarás a alguna periodista de fama cómo eres para que todas las mujeres que te aman a través de la pantalla conozcan tu verdadera personalidad?

—Ni yo mismo sé como soy en realidad.

—Vamos, que podrías ser un psicópata asesino.

—Cualquiera puede ser un asesino, eso también está probado por psicólogos y psiquiatras, pero es mejor no divulgarlo demasiado. En los campos de instrucción militares, sean de ejércitos regulares o de guerrillas, se entrena a los hombres para matar, «Nacidos para matar», como dicen en los «marines» yanquis. —Pero, matan por una causa.

—Tonterías, matan porque se les entrena para matar. A cada cual se le ofrece una causa diferente, la que más le interese, y a todos se les arropa con una bandera y un uniforme, pero son tan asesinos de sus semejantes como los que matan sin uniforme.

—Es tu opinión, Michael.

—Sí, es la mía, pero te aseguro que en la Tierra no hay bestia peor que el hombre. Es el que mata a más de su especie y por los motivos más diversos y si no hay motivos, se los inventa pintando una bandera.

—No estoy preparada para analizar tus teorías sobre el hombre y su espíritu criminal, lo que me preocupa son los asesinos concretos y reales.

—Entiendo. Lo que te preocupa son los que ya han causado la muerte de alguien, los asesinos consumados.

—Sí. Los otros, aunque tengan posibilidad de matar, sólo son hipotéticos.

—Muy bien, pues ve a cualquier guerra o espera que una guerra llegue a ti y verás lo bestias que podemos ser los humanos, los de un lado y los del otro.

—Michael, ¿te gustan los gatos? —le preguntó de pronto.

—Me gustan más los perros.

—Sí, claro, pero ¿regalarías un gato?

—Oye, ¿me estás haciendo un test de inteligencia? ¿Tratas de averiguar en qué grado de subnormalidad estoy?

—No, no, disculpa. —Suspiró—. Estoy algo nerviosa, me ha sorprendido mucho encontrarte aquí.

—Todavía no has pedido nada para beber y hace rato que estamos hablando. Connie, eres maravillosa y yo te prometo ser bueno y no convertirme en hombre-lobo cuando llegue la luna llena ni en vampiro cuando el sol se oculte.

Connie tenía deseos de explicarle lo ocurrido al empresario portugués, pues Michael no parecía saber nada de aquel asesinato. Estaba como un extranjero en Londres sin preocuparse de las noticias locales y un crimen no era un hecho importante para ser destacado en primera página de ningún periódico. Optó por callarse.

—Ahora, te llevaré a la fiesta que dan unos amigos míos, actores y gente de prensa.

Luego cenarás conmigo y después…

—Después, tú te irás a tu apartamento y yo al mío. Te acepto la cena y nada más.

—Bueno, algo es algo, mejor una cena que una ruptura, pero tengo poco tiempo para convencerte, luego he de partir y he de conseguir que te vengas conmigo.

—Me temo que te esforzarás en vano.

—Eso ya lo veremos. ¿Tomas algo antes de que te lleve a la fiesta de mis amigos?

La fiesta se llevaba a cabo en un antiguo piso de algún adinerado burgués por lo grande que era. Ahora era propiedad de un club privado de actores de teatro, cine y televisión, y allí acudían personajes del mundo de la comunicación. Todos parecían conocerse entre sí, pero había tanta gente que resultaba fácil disolverse y pasar desapercibido.

A Connie se le fue pasando el mal humor. Michael se estaba comportando como un magnífico acompañante, era divertido en sus opiniones y comentarlos y sabía moverse entre la gente.

Connie pensó que Michael triunfaría siempre en público. Estaba segura de que no había esnifado cocaína ni tomado «anfetas»; sin embargo, en todo momento se mostraba brillante y seductor. Sintió sobre sí miradas de celos de otras mujeres que hubieran deseado estar en su lugar, porque Michael no la dejaba de lado, la presentaba a todos como su amiga más querida.

—Marie Leblanc —presentó a Michael y a Connie una actriz ya de edad madura.

Connie se quedó mirando a aquella mujer alta, de figura delgada y manos extremadamente largas, lo mismo que su rostro. De abundantes y bellos cabellos rubio blancos, utilizaba un maquillaje suave para su rostro. Llevaba los ojos pintados con maestría, destacando un azul verdoso sobre los párpados y un cereza claro en los labios. Una visible peca sobre la mejilla derecha la hacía más atractiva.

Lucía un gran collar sobre su vestido negro en el que estaban representados todos los signos del zodíaco en plata y esmaltes.

—Un collar bellísimo —opinó Michael—, pero más bella es quien lo lleva.

—Oh, gracias —aprobó Marie Leblanc con una sonrisa coqueta.

—¿Es usted la famosa astróloga? —preguntó Connie, maravillada por su suerte.

—Sí, soy yo —dijo mientras abría una pitillera de oro. Sacó un cigarrillo extra largo y esperó a que Michael se lo encendiera con su mechero.

—Me gustaría mucho hablar con usted.

—Querida, mejor nos tuteamos y si querías hablar conmigo, ya lo estás haciendo.

Michael soltó una breve carcajada. Al reír se le formaban sendos hoyuelos en las mejillas.

—¿Quieres pedirle que te haga el horóscopo?

—Pues, verá, es sobre una carta astral…

—Querida, eso no, por favor —le dijo con su acusado acento francés—. Ahora estoy entre amigos, pero si quieres venir a verme, con mucho gusto te recibiré. —Abrió su bolsito de malla de oro, sacó una tarjeta de su interior y se la entregó.

—¡Charles, Charles! —llamó a alguien que pasaba a cierta distancia de donde ella estaba y luego se volvió hacia Michael y Connie pidiéndoles—: Disculpad, es un colega.

Se alejó dejando a Connie con la tarjeta en lo mano y sintiéndose poco arreglada, poco vestida en medio de toda aquella gente del mundo del arte y la prensa.

Después de la cena, Michael la acompañó hasta el lugar donde Connie vivía.

—Te acompaño hasta arriba.

—No —le cortó la muchacha, recordando lo sucedido al portugués.

—Como quieras, pero no soy tan peligroso.

Le rodeó la cintura con su brazo, la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Connie sintió el aliento, la boca del hombre y esperó. No sintió excitación alguna, ni en su mente ni en su cuerpo. Estaba fría, a la defensiva, aguantó pero no le rechazó.

—Quizás otro día, Michael.

Le besó en ambas mejillas y se internó en el edificio.

Al pasar junto a los buzones observó que había algo dentro del que les pertenecía y le extrañó que sus compañeras no lo hubieran recogido. Abrió el buzón y encontró un sobre dirigido a ella con letras tipo imprenta hechas con un rotulador fino. No había sellos ni membrete alguno. Frunció el ceño.

Abrió el sobre y dentro descubrió una llave y un pedacito de papel que decía simplemente:

«ESTACIÓN CENTRAL»

CAPÍTULO VII

Hacía frío en la estación de ferrocarril. Era de madrugada y poca gente deambulaba por sus andenes.

Connie buscó los paneles de taquillas para equipajes. Caminaba con desconfianza, con el temor de que algo desagradable pudiera ocurrirle. Tenía la impresión de que la seguían con la mirada desde lugares ocultos, ojos aparentemente semicerrados de hombres adormilados que aguardaban la partida de un tren. Otro hombre, más que leer un periódico, semejaba ocultarse tras él.

Escuchó el pitido de un tren que pronto comenzaría a rodar sobre los raíles de hierro.

Buscó la taquilla que correspondía al número del llavín. Lo hizo girar y la puertecilla cedió. Sintió algo especial dentro de sí, como una flojedad en sus músculos. No se había equivocado. ¿Por qué le habían dejado en su buzón la llave de aquella taquilla guardaequipajes?

Descubrió una caja de cartón cuadrada, bien cerrada con tiras de cinta adhesiva ancha de la que ordinariamente se utilizaba para empaquetar. La caja tendría unos dos palmos de lado y podía contener un balón de fútbol. La tomó entre sus manos y comprobó que pesaba considerablemente. Se llevó la caja consigo dejando la taquilla cerrada.

Tenía prisa por averiguar el contenido de aquella caja que le habían destinado, una caja que no mostraba ningún escrito de identificación. Optó por ir a la cafetería, no deseaba estar demasiado sola con aquel paquete.

Algunos viajeros esperaban allí su tren, fumando, tomando café u otras bebidas.

Connie pidió un café y comenzó a abrir la caja rompiendo las

bandas adhesivas.

Al fin, descubrió lo que había en su interior.

Un chillido escapó de su garganta y todas las miradas convergieron en la joven que tenía el rostro desencajado, la boca le temblaba y toda ella estaba agarrotada.

Un hombre alto y corpulento, de cara zafia y aplastada, arropado por una gran cazadora de piel negra rozada en los codos, se le acercó mientras los demás clientes observaban atentos, sin saber lo que podía ocurrirle a aquella muchacha.

—¿Qué te pasa, guapa? —le preguntó con voz grave, algo cargada de alcohol.

—¡Josy, mi amiga! —exclamó al borde del desmayo, señalando el interior del paquete.

El hombre miró dentro de la caja. Allí había una cabeza humana, la cabeza de abundante cabellera negra de Josy, la amiga que compartía el apartamento con Connie y Xina.

Connie hubiera deseado levantarse de la silla y echar a correr; sin embargo, se sentía como clavada, sin fuerzas para moverse, incapaz de soportar la visión de aquel horror.

Aquel hombre corpulento introdujo sus manazas en la caja y sacó la cabeza humana que goteaba sangre.

Connie volvió a gritar. De pronto, el desconocido soltó la cabeza y ésta cayó al suelo haciéndose pedazos.

Aquel tipo comenzó a reírse con carcajadas roncas que expresaban poca inteligencia, carcajadas que se contagiaron a los demás concurrentes de la cafetería.

¡Si era de yeso! —Siguió riendo mientras se inclinaba para recoger la peluca negra que habían colocado sobre la cabeza de yeso—. Una broma pesada, ¿eh?

Acosada, torturada por las risas de clientes y camareros, Connie se levantó y echó a correr. Sus ojos sólo buscaban la salida, no quería mirar atrás y ver la cabeza de su amiga hecha pedazos aunque fuera de escayola.

Ya fuera de la estación, el aire frío de la noche heló sus pulmones. Se encogió sobre sí misma y comenzó a sollozar convulsivamente.

—Buenas noches. ¿Le ocurre algo?

Levantó la mirada y vio a un «bobby». El policía la observaba

con atención.

—No, no, me han gastado una broma.

—¿Una broma, le han hecho daño, la han molestado?

—No, no. Un taxi, por favor, un taxi, quiero ir a mi apartamento.

—Sí, claro. Si quiere, entramos un momento en la cafetería y allí se tranquiliza.

En aquel instante, Connie se derrumbó. El peso de toda la tensión que la había estado acosando la aplastó. No podía regresar a la cafetería y ver la cabeza de Josy hecha pedazos. Todo se hizo negro en torno suyo y su cuerpo se precipitó al fondo de una sima avernal.

CAPÍTULO VIII

—¿Cómo se encuentra?

Acababa de abrir los ojos y sólo distinguió una débil claridad, pero la voz del hombre la reconfortó. Era una voz que recordaba y no sabía de qué, pero le inspiraba tranquilidad, sensación de protección.

—¿Dónde estoy?

—En un servicio de urgencia médico. El policía que estaba junto a usted dio parte y…

—Ah, usted es el Inspector…

—Peter Wallace.

—Eso, Peter Wallace. Tengo sed.

—Ahora le traerán agua. ¿O prefiere un té?

—Té suave y caliente, estoy helada.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Nada.

—¿Nada? Qué raro. —Sacó un cigarrillo y le prendió fuego mientras Connie seguía tendida en una camilla rodante.

En aquel momento entró un médico y miró reprobador al hombre de Scotland Yard.

—Haga el favor de apagar ese cigarrillo.

—Disculpe, ha sido un movimiento mecánico.

—Mejor deje de fumar, su salud se lo agradecerá. —El médico se acercó a Connie y le miró los ojos separándole los párpados con dos dedos de la misma mano—. Parece que se ha recuperado bien del desmayo; sin embargo, le aconsejo que se pase por la consulta de un neuropsiquiatra.

—¿Neuropsiquiatra? —repitió, extrañada.

—Sí, nunca se sabe. Los desmayos prolongados son malos

aunque la gente crea que no tienen importancia. Además, la ayudará en la crisis que está sufriendo. Tiene el pulso acelerado y la tensión alta. Está usted bajo un fuerte estado de ansiedad y este desmayo se puede repetir con peores consecuencias.

—¿Tan mal estoy?

—Bueno, no lo sé con exactitud, éste es sólo un centro de urgencias. Le he inyectado un sedante y le daré otro en pastillas. Márchese a su casa, se lo toma, descansa un par de días y después acuda a la consulta de un neuropsiquiatra o mejor, visite primero a su médico de cabecera y él ya le indicará adonde debe dirigirse. No conduzca en las próximas horas; desmayar —se al volante puede ser trágico.

—Yo la llevaré a su casa —se ofreció el joven y fuerte inspector Wallace.

Al salir del centro de urgencias, amanecía, el frío se había intensificado y el cielo de Londres aparecía encapotado, como si de un Instante a otro fuera a comenzar a llover.

Connie miraba a Peter Wallace de reojo. Al detenerse frente al edificio donde ella vivía le preguntó:

—¿Cree que me he vuelto loca?

Creo que está bajo una gran tensión, dormir le hará bien.

¿Cómo, cómo…?

—¿Cómo he aparecido yo junto a usted? —inquirió algo burlón.

—Pues…

—Está en mi agenda de trabajo y cuando se ha dado su nombre, me han localizado a mí.

—¿Le he sacado de la cama?

—Aún no me había acostado, esta noche he tenido mucho trabajo. Estoy buscando a un asesino que usa un gran cuchillo de cocina. ¿Le conoce usted? Por cierto, ¿qué hacía en la estación de trenes a estas horas?

—Alguien me dejó una llave dentro de mi buzón, era la llave de una taquilla guardaequipajes.

—¿Y esa cabeza de yeso que se ha roto en la cafetería?

—Una broma pesada que me han gastado, no la he podido soportar.

—¿Y quién le ha gastado esa broma?

—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé! —exclamó muy excitada—.

¡Quiere matarme, quiere matarme!

—¿Quién?

Con lágrimas en los ojos, temblándole los labios y la voz, gimió:

—No lo sé, no lo sé, es el demonio.

—¿El demonio? Vamos, vamos, Scotland Yard no cree en demonios.

—Al final lo conseguirá, sé que lo conseguirá. —Connie siguió sollozando dentro del coche mientras el cielo clareaba con una tonalidad plomiza. Iban apareciendo cada vez más automóviles y los peatones formaban colas somnolientas en las paradas del «bus».

—Vamos, tranquilícese. —Peter le dio un klínex para que se secara las lágrimas del rostro—. Si averiguamos la identidad del asesino, todo será mucho más fácil. ¿Sabía que su ex-marido estuvo en un reformatorio?

—¿Reformatorio? —inquirió, sorprendida.

—Sí, lo estamos investigando todo, no crea que Scotland Yard se queda con los brazos cruzados. A los quince años, su «ex» tuvo una pelea con un amigo. Lo dejó en estado agónico medio cubierto por arbustos en un bosque. Un hombre que paseaba con su perro lo descubrió y se evitó la muerte que su ex-marido ya daba por segura.

—Nunca me lo contó.

—Un suceso desagradable, fue por una chica. Los padres de su «ex» y los del propio chico que salvó la vida trataron de que todo se olvidara.

—No sabía nada.

—Pues conviene que lo sepa. El psiquiatra le diagnosticó en su día una enajenación pasajera a causa de un problema sexual.

—Bob tenía sus cosas, no llegamos a congeniar en la vida de matrimonio, por eso nos separamos, pero nunca me demostró celos.

—Tampoco los demostró al principio, cuando junto con su amigo compartía los favores de la muchacha, hasta que un día explotó. Esperó a su amigo y, sin previo aviso, le golpeó con un leño. Los tímidos aguantan hasta que un día estallan y, por lo visto, algunos que tienen problemas sexuales hacen lo mismo.

—No sabía nada de todo esto, se lo prometo.

—Ya le he dicho que se silenció, pero como estamos investigando a todos los que están alrededor suyo, hemos descubierto este suceso en la adolescencia de su ex-marido, al que

no hemos logrado localizar y sabemos que está en Londres.

—Sí, creo que está en Londres, me telefoneó.

—¿Y qué quería?

—Volver a salir conmigo.

—¿Y qué le dijo usted?

—Que no quería, que nuestro divorcio era un hecho y que todo había terminado.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Por teléfono.

—¿No le vio?

—No.

—¿Y eso fue antes o después del asesinato del portugués?

—Antes, sí, antes.

—Si vuelve a telefonearle, avíseme a comisaría. —Le entregó una tarjeta—. Aunque no me encuentre, deje el mensaje, me lo pasarán inmediatamente.

—¿Cree que ha sido él?

—No creo ni dejo de creer, es sólo un sospechoso, lo mismo que Michael Raven, el actor.

—¿También él?

—Ya le he dicho que vigilamos todo su entorno.

—¿Piensa que el asesino está dando vueltas a mi alrededor esperando el momento propicio para matarme?

—No exactamente. Quiero serle sincero porque me agrada usted, sí, me agrada pese a que está en una situación desagradable, pero he de decirle que usted también pudo asesinar a Gelao.

—¿Yo? —exclamó atónita, con los ojos irritados y muy abiertos, mirando al hombre con Incredulidad.

—Todos son sospechosos hasta que el jurado dicte su sentencia.

—Usted dijo que tenía que ser alto, yo, yo no pude ser.

—Gelao pudo inclinarse y dejó de tener importancia la estatura.

—¿Y la cabeza, la cabeza de yeso?

—¿Por qué busca torturarse ahora, Connie?

—Claro, usted piensa que la cabeza de yeso es un montaje espectacular mío para dar la impresión de que estoy acosada por un asesino y así desviar la atención. ¿No es eso?

—Lo ha dicho usted, no yo.

Muy molesta, abrió la portezuela y se apeó. Se volvió hacia el

hombre cuando comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia y le dijo:

—Gracias por acompañar a casa a una psicópata asesina.

Dio un fuerte portazo y se alejó corriendo hacia el portal del edificio mientras sentía el rostro mojado, no sabía si de sus propias lágrimas o de la lluvia.

Cuando entró en el apartamento, la pelirroja Xina le salió al paso.

—¿Cómo estás, qué te ha ocurrido? ¿Has pasado la noche fuera?

—¡Haces más preguntas que si fueras mi marido! —gritó Connie casi fuera de sí.

Bueno, no te molestes, estaba inquieta.

Sin disculparse, Connie se fue directa a la habitación de Josy. Abrió la puerta casi con violencia y encendió la luz.

La cama estaba sin hacer y sobre ella, en el centro, destacaba la figura oscura y peluda del gato siamés que se la quedó mirando con unos ojos que le parecieron más malignos que nunca mientras Xina, desde la salita, decía:

—Josy tampoco ha pasado la noche aquí. ¿Sabes dónde está?

CAPÍTULO IX

La buhardilla era grande, con ventanales Inclinados que a Connie le parecieron inmensos. Los cristales estaban limpios y a través de ellos podrían verse las estrellas, los planetas y la luna de no estar el cielo encapotado y, desgraciadamente, las nubes sobre la ciudad del Támesis eran muy recalcitrantes.

Todo el confort que la tecnología moderna podía ofrecer estaba presente en aquella buhardilla: Luces indirectas, filtración del aire, calefacción, suelos enmoquetados, paredes pintadas con colores fuertes e Impactantes formando como cuadros extraños.

Había un gran globo terráqueo giratorio y en torno a él, la luna se movía gracias a un ingenioso sistema electrónico, sostenida por un hilo casi invisible de nylon que pendía del mecanismo que se hallaba en el techo.

—Pasa, querida, pasa —le pidió Marie Leblanc con su acento francés.

Una mesa larga sostenía grandes libros abiertos llenos de cifras y símbolos del zodíaco. En un rincón, un ordenador PC provisto de discos duros para almacenar millones de datos y luego procesarlos.

—¿Vive aquí?

—Sí, vivo en el mismo lugar donde trabajo. Para dormir, con una cama tengo suficiente. Como en un restaurante que hay abajo y donde no lo hacen mal del todo. Tengo una cocinita donde puedo calentarme algo o prepararme un desayuno. Te aseguro que estoy bien aquí con mis cosas —explicó con su voz grave que daba la impresión de estar gastada por el alcohol o por vivir en algún lugar costero de hostiles vientos marinos.

—Nunca he estado en el estudio de una astróloga.

—Pues ya ves que no hay secretos. ¿Qué esperabas encontrar, un

mochuelo disecado, ristras de ajos? —se rió, burlona.

—Yo no he dicho que sea una bruja.

—Claro que no. La astrología tiene milenios de antigüedad. Como ciencia, es la más antigua de todas.

—¿Ciencia?

—Sí, aunque los astrónomos la rechacen como tal. Sirios, babilonios, egipcios, romanos, los grandes imperios de Oriente, nuestra Edad Media, todos consultaban a las estrellas. Los astrólogos trabajamos sobre muchas cifras y fechas, sobre hechos comprobados como son los movimientos de las estrellas, el sol, la luna y los planetas. Todos los datos que obtenemos son parte de un lenguaje críptico que hemos de saber interpretar. Lo malo es que falsos astrólogos hacen horóscopos para revistas y periódicos, no lo hacen bien, quienes los leen lo constatan y entonces todos los astrólogos perdemos la credibilidad y recibimos burlas y sarcasmos inmerecidos.

—Sin embargo, la gente sigue pidiendo cartas astrales.

—Muchas, porque somos pequeños, sentimos la debilidad en nuestros espíritus y deseamos saber sobre nuestro destino, aunque el horóscopo no es una premonición:

Inclina, pero somos nosotros quienes al final decidimos.

¿Quiere decir que una carta astral, aunque esté bien hecha, puede resultar errónea?

Si está bien hecha, no resultará errónea, querida, sencillamente que podemos cambiar el final. La carta astral no es fatalista. Indica el camino que estamos siguiendo y el horizonte hacia el que vamos. Nosotros, con nuestra voluntad, podemos cambiarlo, pero la carta no será errónea porque no es una premonición exacta como te he dicho. Nos condiciona, pero nosotros podemos escapar si hacemos lo necesario para ello.

—Usted me envió una carta muy desagradable.

—Ya me lo dijiste por teléfono cuando te di esta cita. Me alegra que hayas venido porque deseo tranquilizarte. Anda, siéntate mientras preparo algo.

—¿Té?

—No, una infusión más tranquilizante. —La miró sonriente—. No es ningún brebaje raro, son hierbas medicinales. No me gusta la farmacología moderna, prefiero lo natural que hace menos daño

porque su concentración no es tan brutal y agresiva. Además, las hierbas medicinales poseen elementos desconocidos, en pequeña cantidad si se quiere, que no están en los medicamentos de elaboración industrial. El ser humano no es un elemento puro para hacer reaccionar con otro elemento puro como es un fármaco. Somos más complicados de lo que creen esos sumos sacerdotes modernos de la bata blanca a los que llamamos médicos. Es cierto que los fármacos curan dolencias, pero sus efectos secundarios nos enferman de otras cosas.

—Una vida muy Interesante la suya. Me gustaría tener todos sus conocimientos sobre las estrellas y otras cosas.

—Basta con proponérselo, querida —le dijo ya de espaldas, encarada con su pequeña cocina.

Connie se acercó a un estante ancho que había bajo los ventanales y donde se amontonaban muchas revistas sobre la misma temática, en varios idiomas.

De pronto, algo empezó a moverse. La joven fijó su mirada escrutadora y por entre unas revistas vio aparecer algo que la horrorizó. Dio un salto atrás y lanzó un grito.

—¡Un escorpión!

El escorpión era muy grande, como de dos palmos de largo y negro brillante. Su aspecto era terriblemente amenazador, con su aguijón en lo alto de la cola y las pinzas grandes por delante, listas para sujetar a su presa y mantenerla quieta hasta inyectarle su veneno.

—No temas —le dijo Marie Leblanc yendo hacia ella sin prisas. Alargó su mano y cogió el enorme escorpión levantándolo en el aire —. Es un bichejo electrónico, me lo regaló un amigo. Lleva una batería y tiene un sensor infrarrojo. Cuando se pone delante un ser vivo, sea humano o animal, él se pone en marcha, pero es absolutamente inofensivo, un juguete, aunque no es la primera vez que asusta a una de mis visitas.

—Da miedo, yo no podría dormir con este bicho cerca.

—Al principio, también me preocupaba a mí, pero me he acostumbrado a su compañía. Lo pondremos en un rincón y de cara a la pared para que su sensor no nos descubra.

El estudio-buhardilla se iba llenando de fragancia gracias a las hierbas aromáticas. La lluvia repiqueteaba ya sobre los cristales de

los grandes ventanales como si tímidamente pidiera permiso para filtrarse en el estudio.

En una bandeja, Marie Leblanc preparó las dos tazas con la Infusión.

—¿Azúcar?

—Sí, gracias —asintió Connie.

Se sentaron una frente a otra. La astróloga no iba tan pintada como la viera en la fiesta, lo cual era perfectamente natural. Su rostro alargado no era llamativo ni bello.

Su cabello rubio clarísimo suavizaba la dureza de sus facciones. Sus ojos no tenían una mirada vulgar. Aquella mujer destacaba por su fuerte personalidad, por sus ojos penetrantes, por una sonrisa con la que parecía advertir que sabía demasiadas cosas de su interlocutor.

—De modo que te dije que tendrías un fin sangriento y en breve plazo…

—Si.

—Te pido disculpas otra vez.

—No se trata de que se disculpe, es que la sangre ya me ha salpicado y siento la muerte a mi alrededor.

—¿Te han atacado?

—En cierto modo, sí. Mataron a un hombre que me acompañaba a mi apartamento, fue un crimen horrible.

—¿La policía ha capturado al asesino?

—No, y yo siento que me acosa, está haciendo saltar mis nervios. Me envió un gato.

—¿Un gato?

—Un gato siamés, demasiado oscuro para su raza, no me gusta. Me lo enviaron como muerto, estaba drogado. Está en mi apartamento y cada vez que le veo los ojos, me da miedo.

—Pues llama a los de la protección de animales para que se lo lleven.

—Es que las amigas que comparten conmigo el apartamento lo quieren, aunque creo que a una de mis amigas la ha sucedido algo grave.

—¿Como qué?

—No lo sé, pero ha desaparecido, no ha regresado al apartamento.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No.

—Pues debes avisar, tu amiga quizás esté en peligro y Scotland Yard puede salvarla.

—Es que no estoy segura dedada. Dejaré pasar unos días más, no quiero que me tomen por loca. No sé en quién confiar, estoy hecha un lío. Duermo mal, con pesadillas.

—Las hierbas te sentarán bien, ya lo verás.

Bebió la infusión caliente y no tardó en sentirse mejor como le advirtiera la astróloga. Paseó la mirada por su entorno, como descubriendo de nuevo todas las pinturas de las paredes, los libros de astrología, un telescopio de buena marca pero que era de astrónomo «*amateur*» y no profesional, el globo terráqueo con la luna que giraba a su alrededor gracias a un sofisticado mecanismo que cuidaba de que el satélite describiera las órbitas oportunas.

—¿Podría decirme algo más sobre mi futuro?

—Ya te hice la carta astral y no serviría de nada hacerla otra vez. Esto no es como dejar caer la bola en la ruleta y esperar a obtener mejor resultado que en la jugada anterior. Tú no has cambiado de minuto, hora, fecha ni lugar de nacimiento.

—¿Quiere eso decir que mi destino no se puede cambiar?

Ya te he dicho que los astros inclinan pero no obligan. Yo no te puedo hacer otra carta astral, pero tú sí puedes modificar tu destino porque la mente y la voluntad de un ser humano es más fuerte que los condicionamientos de los astros, claro que hay espíritus débiles que jamás conseguirán ningún cambio en el rumbo de su vida.

—Pero ¿cómo puedo yo evitar que me asesinen?

—No lo sé, tampoco sé si serás asesinada, quizás me extralimité en mis apreciaciones.

—Pero, he de conocer la manera de defenderme —exigió Connie con vehemencia.

—Yo no conozco todos los datos de tu entorno, los seres que te rodean, sus nombres, sus edades, sus signos zodiacales, ni siquiera tú los sabes. Deberás tomar las decisiones oportunas a cada paso que des.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta una noche después del próximo plenilunio.

—¿Por qué esa noche en concreto?

—Porque en ese momento, las Influencias nefastas habrán cesado sobre ti y si para entonces tu sangre no ha sido derramada, entrarás en un periodo de paz, sosiego y amor. —Me parece imposible que yo pueda creer todo esto que me está contando.

—Nadie te obliga a creerme, pero hombres importantes, científicos, políticos, aristócratas, incluso reyes, han consultado y siguen consultando a los astros sobre su porvenir. Lo que hacen muchos es no confesarlo abiertamente, en nuestros tiempos, claro, porque en la antigüedad, el astrólogo tenía un papel muy importante en los palacios. Piensa que la ciencia astrológica se remonta a dos mil años antes de Cristo.

Connie suspiró como desanimada. Se percataba de que no conseguiría nada más con aquella extraña mujer que parecía hermosa y, sin embargo, mirada de cerca, podía decirse que era fea e inspiraba cierto rechazo.

—Siento no poder ayudarte como deseas. Te regalaré algo para que no te olvides de esta visita. —De un cajón, de entre muchos cinturones, escogió uno de piel negra cuya hebilla ancha mostraba el signo de Escorpio—. Llévalo puesto, te ayudará, tiene propiedades magnéticas.

—Deberé pagárselo.

—No, no, es un regalo, tampoco es de gran valor. El escorpión es una lámina de madera de ébano pegada sobre la hebilla de plata. Si en alguna ocasión te ves en grave peligro y sólo en esa ocasión, arranca el escorpión de la hebilla.

—¿Arrancar el escorpión, cómo?

—Bastará que hundas la uña por detrás de la cola, levantarás ésta, la coges entre los dedos y estiras.

Parpadeó, confusa.

—¿Y qué sucederá?

—Quizás halles la solución.

—¿A qué?

—No lo sé, haces demasiadas preguntas que no puedo responderte. Ya te he dicho que debes ir modificando el rumbo de tu destino a cada paso que des, no antes.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Deja que te lo ponga yo misma, verás cómo te sienta bien.

Connie no opuso reparos y dejó que Marie Leblanc, alta y

delgada, se acercara a ella y le colocara el cinturón dejando el escorpión sobre su vientre.

—Tienes una cintura estrecha y unas caderas bien formadas. El hombre que te cabalgue se ha de sentir satisfecho.

CAPÍTULO X

El timbre musical casi hizo saltar a Connie de la cama. Estaba esperando que llamaran a la puerta; sin embargo, se sobresaltó, sus nervios estaban al límite. Cuando salió de su habitación, Xina ya se le había adelantado abriendo la puerta.

—¿La señorita Connie Hyman?

Xina miró ceñuda al hombre joven y desgarbado que cubría su cabeza con una gorra de visera y llevaba un escudo cosido en la cazadora a la altura del pecho. De lejos podía pasar por un agente de la autoridad.

—Sí, aquí es. ¿Qué quieres? —preguntó Xina mientras Connie permanecía más atrás.

El joven mostró la jaula metálica que llevaba en su mano.

—Vengo a recoger un gato, soy de la protección de animales y plantas.

Xina se volvió hacia su amiga.

—¿Qué significa esto?

—Xina, los he llamado para que se lleven el gato.

—Entonces, la señorita Connie Hyman es usted —dijo el joven de la jaula forzando una sonrisa y adentrándose en el apartamento sin que le hubieran dado permiso para ello.

—No se pueden llevar a Mefisto —se opuso Xina con energía—. Es un gato precioso, un «*rara avis*» entre los de su especie. Si tú no lo quieres, me lo quedo yo.

—Esto será coser y cantar —dijo el joven de la agencia de recogida de animales.

Inclinándose comenzó a llamar:

—Misisss, misisss…

—No se lo va a llevar —dijo Xina resuelta.

—Bueno, pero ¿quién es la dueña? A la agencia ha llamado la señorita Connie Hyman.

—Que soy yo —ratificó la propia Connie.

—Connie, ¿es que no vas a tener en cuenta que fue un regalo?

—¿Un regalo, de quién? No me gusta, es maligno. Creo que él tiene que ver con lo que me sucede, me da miedo.

—Si ha estropeado cosas, se arregla enseguida —dijo el joven de la agencia—. Yo lo atrapo y me lo llevo. Con los gatos hay que ir con más cuidado, son muy traidores. A los perros se les captura con más facilidad.

Ni Xina ni Connie parecían hacer mucho caso a aquel joven que se movía por el apartamento buscando al gato que semejaba haberse esfumado, ya que allí no podía habérselo tragado la tierra. De abrirse el suelo, habría ido a parar al apartamento inferior.

Xina y Connie estaban enfrentadas.

—No entiendo qué amor le has cogido a ese dichoso gato.

—Nunca hemos tenido animales y hacen compañía, aquí no traemos hombres, la que quiere un ligue se las apaña fuera de aquí. Sólo tenemos una planta asmática y medio muerta.

—Las plantas no son asmáticas —la corrigió Connie.

—Pues a mí me lo parece. Un gato, en cambio, es otra cosa, un ser vivo, cariñoso, peludo.

—Y caliente —añadió Connie—. Tiene ojos malignos. Si hubiera aparecido en otro momento, pero ahora… Creo que forma parte de una maldición.

—¿Maldición? No digas tonterías. Aquí hubo un crimen, cierto, pero ¿cuántos crímenes hay al año en Londres? No es cosa de ahora que haya asesinatos misteriosos, los ha habido siempre, y yo me pregunto ¿qué tiene que ver el pobre gato con un crimen?

—No lo sé, pero…

—¡Aquí está, aquí está! —gritó el joven de la agencia tras abrir la puerta que correspondía a la alcoba de la ausente Josy.

El siamés maulló amenazador, como sabiendo muy bien cuáles eran las intenciones del desconocido.

—¡Márchese, márchese! —exigió Xina empujando al joven de la jaula.

—Oiga, yo he venido a cumplir un encargo. Si no me llevo al gato, tendrán que pagar el servicio lo mismo.

—Que manden la factura y ya pagaremos —le dijo Xina echándolo del apartamento con energía.

Cuando se quedaron a solas, Mefisto seguía en el dormitorio de Josy.

—No te preocupes de Mefisto, ya lo cuidaré yo, y no hace falta que me lances sarcasmos hirientes.

—¿Sarcasmos hirientes yo?

—Si, Connie, tú eres más hermosa que yo.

—¿A qué viene ahora esa tontería?

—No estoy ciega, sé que eres más atractiva que yo, yo no tengo tantas proposiciones de hombres y tú lo quieres todo para ti.

—El gato lo quieres tú, no yo.

—Exacto, eso es, no quieres que yo tenga ni el gato.

—Mi rechazo hacia el gato nada tiene que ver contigo. Llegó aquí de una forma desagradable, yo lo hubiera echado fuera el primer día, pero vosotras os empeñasteis.

—En quedárnoslo. El gato es limpio y no rompe nada.

—¿Quién me lo mandó?

—Eso lo sabrás tú mejor que nosotras.

—Yo no lo sé, es una broma pesada que me han gastado. Alguien está cerca de mí para acosarme, para asustarme. No te he contado lo de la estación.

—¿La estación?

—Sí. Allí, en una taquilla de equipajes, había una caja para mí y dentro, la cabeza de Josy.

—¿Qué dices?

—Naturalmente, se trata de otra broma para que me vuelva loca, sí, loca.

—¿La cabeza de Josy? Eso es una locura…

Connie se dejó caer sentada en el sofá.

—Sí, era la cabeza de Josy, de yeso, una broma macabra. El pelo era una peluca y estaba llena de sangre, como recién decapitada. Un tipo, una especie de gorila, la dejó caer al suelo y se hizo pedazos.

—¿Le has contado eso a Josy?

—¿Y dónde está Josy? Su dormitorio está esperándola, pero ella no aparece.

—Es cierto, pero… —Trató de suavizar la situación para tranquilizar a Connie—. Ya sabes que Josy se va algunas veces sin

decir nada, también tiene amigos. No se puede avisar a la policía para que la busquen y la encuentren en un hotel con un tío.

—Yo creo que a Josy le ha sucedido algo. La cabeza se le parecía demasiado.

—¿Insinúas que alguien ha hecho esa cabeza de yeso teniéndola a ella como modelo?

—No quiero ni pensar en eso, es horroroso.

—No Imagines barbaridades, mujer, me harás coger miedo a mí también. Hemos reforzado la puerta con otra cerradura después del asesinato del portugués. Ahora dices que la ausencia de Josy… Bueno, no quiero ni decirlo, es como atraer a la mala suerte. ¿Por qué habría de querer nadie matarla?

—No lo sé.

—Tú nunca sabes nada —replicó Xina muy molesta—. Ninguna de las tres avisa cuando se va a un hotel con un hombre o de viaje corto. La ausencia de Josy todavía no es como para alarmarse. Desde que recibiste la carta astral estás insoportable, te ha desquiciado.

—Quizá tengas razón, pero la carta astral me llegó cuando acababa de salir con vida de milagro de un atentado terrorista.

—Estás demasiado influenciada, unes unos sucesos con otros y acabas sintiéndote perseguida. Creo que a eso se le llama paranoia.

Sonó el timbre de la puerta y ambas dirigieron sus miradas hacia ella, intrigadas.

—Será el tipo de antes que quiere cobrar el servicio —dijo Connie.

—Entonces, no te muevas, lo pago yo, pero el gato no se va de aquí.

Por encima de la cabeza pelirroja de Xina apareció un rostro muy conocido para Connie.

—¡Hola!

—¡Bob!

—Puedo pasar, ¿verdad?

Xina se hizo a un lado para que Connie y su ex-marido se vieran mejor y respondió:

—Eso, que lo diga ella.

—No, Bob, no nos gusta recibir a hombres en este apartamento, es un pacto que tenemos las tres.

—¿Las tres? Sólo veo dos, una ya está fuera y tú puedes dejarnos un rato, ¿verdad? Es un favor que le haces a tu amiga. —No, Xina, no te vayas— le pidió Connie.

—Ya lo has oído, no me voy. A los «ex» mejor no hacerles concesiones, porque entonces se toman derechos que ya no les corresponden.

—Encanto, será mejor que te calles, este asunto es entre Connie y yo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, Bob, ya te lo dije. Lo nuestro terminó para siempre.

—Donde hubo fuego queda rescoldo.

—No, Bob, márchate.

—No me voy. No es tan fácil librarse de mí, quiero volver a empezar contigo —dijo dando un par de pasos y adentrándose en el piso.

—Si sigues adelante llamaré a la policía —amenazó Connie descolgando el teléfono.

—No seas tonta, podría arrancar ese aparato y no llamarías a nadie.

—Si empleas la violencia —advirtió Xina interviniendo—, seré yo quien llame a gritos y como están buscando al asesino del portugués vas a tener que explicar cosas a la policía.

—¿El asesino del portugués? Sí, ya leí algo sobre eso. ¿Era tu último amante?

—Márchate.

—Connie, no vas a librarte tan pronto de mí, tú me llevaste al divorcio, hasta llegué a pensar que tenías cierta razón, pero…

—No hay peros, se acabó y no hay que repetirlo, se acabó.

—¿Se acabó porque tú necesitas varios hombres en vez de uno solo?

—De nada te va a servir que me insultes. Con mi vida hago lo que quiero y no tengo que darte explicaciones. Por cierto, la policía te busca.

—¿A mí?

—Sí, eres sospechoso.

—¡Maldita zorra! ¿Qué les has contado?

—Nada, pero tú eres sospechoso y si quieres dejar de serlo, mejor te presentas a Scotland Yard y te explicas. Quizás tengas una

buena coartada.

—Si la policía me atrapa, no va a tenerme encerrado mucho tiempo, sé protegerme y cuando vuelva a estar en la calle, vendré a por ti, no vas a librarte de mí.

Robert, el ex-marido de Connie, se alejó casi corriendo hacia el ascensor. Al ver que éste tardaba, se precipitó hacia las escaleras, desapareciendo por ellas.

—Juraría que las palabras de tu «ex» han sonado a amenaza, casi a sentencia.

—¡Cierra la puerta, por favor, ciérrala!

Quedaron encerradas en el apartamento. Pasaron pocos minutos hasta que oyeron dos disparos, Connie miró aterrada a su amiga. Ésta se precipitó a la ventana, miró hacia la calle y gritó:

—¡La policía está en la calle!

—Dios mío, que no escape —gimió Connie.

Aguardaron tensas. En la calle había movimiento y no volvieron a oírse más disparos.

De pronto, el llamador musical sonó de nuevo.

—¡No abras, Xina, no abras!

Siguieron llamando con insistencia, golpeando incluso la puerta con las manos.

—¡Connie, abra, abra! —exigió una voz masculina.

—No es Bob —dijo Xina, y fue a abrir.

Entró el inspector Peter Wallace y tras él, dos agentes uniformados.

—¿Se encuentran bien?

—Sí —asintieron ambas con la cabeza.

Connie, como costándole mucho hacer la pregunta, inquirió al fin:

—¿Y Bob, mi ex-marido?

—Ha conseguido escapar. Ha herido a un agente pero le encontraremos.

CAPÍTULO XI

—Si quieres tomarte unos días de vacaciones puedes hacerlo, no cobrarás pero puedo adelantarte un dinero si lo necesitas.

Connie miró al propietario de la agencia de intérpretes a domicilio. No le gustaba la picardía de los pequeños ojos de míster Fullwer, era una picardía sucia. En muchas ocasiones se había sentido como desnudada por aquellos ojos, desnudada y mucho más, y él sin duda se había regocijado intuyendo lo que ella podía pensar en aquellos momentos.

—Trabajaré, ya me encuentro mejor.

—Eres una de mis mejores intérpretes. Para ser sinceros, no eres la más políglota, pero los hombres son los que más contratan Intérpretes y tú les caes muy bien. Los que han estado una vez contigo siempre quieren repetir. ¿Qué les das?

—De mi boca, sólo la voz —puntualizó ella.

—Por cierto, un tal Peter Wallace ha dejado un mensaje para que le llames al teléfono…

Tomó la nota escrita y preocupada, sin dar siquiera las gracias, abandonó el despacho de su jefe y fue a otro despachito utilizado para entrevistas. Allí había un teléfono, descolgó y llamó.

—¿Scotland Yard?

—Sí, señorita. ¿Le ocurre algo?

—Desearía hablar con el inspector Wallace.

—Un momento, creo que se ha ido. Espere.

Hubo un silencio, ruido de voces al fondo y al fin volvió a dejarse oír la voz que hablara antes.

—¿Es usted la señorita Connie Hyman?

—Sí, yo misma.

—El inspector Wallace ha salido para Southampton, ha dejado

un recado para usted. Dice que Robert
O'Connor
ha sido arrestado herido y está en un hospital, situación controlada.

—Gracias. —Colgó y dio un suspiro de alivio.

Tomó su gabardina forrada con fina piel y salió de la agencia. La tarde no era muy buena. El cielo estaba encapotado, hacía días que los londinenses no veían el sol, pero Connie sintió que sus pulmones se ensanchaban lo mismo que una paloma abría sus alas para volar en libertad.

—¡Connie!

Reconoció la voz antes de volverse.

—Michael…

El actor fue directo hacia ella ofreciéndole una amplia sonrisa. Los ojos le brillaban, parecían reverberar los rayos de un sol agostino; sin embargo, no había sol.

—Me daba vergüenza contratarte de nuevo.

—Mejor que no lo hayas hecho, me iba a sentir como una prostituta.

—Entonces, vamos.

—Despacito, no he dicho que fuera a salir contigo.

—No lo has dicho pero vas a salir conmigo, debo convencerte.

—¿De qué?

—Mañana abandono Londres.

—Ya —dijo ella con una sonrisa de complicidad, descubriendo las intenciones que él no se preocupaba de ocultar.

—Quiero que te vengas conmigo.

Connie echó a andar, sin saber ni importarle la dirección que tomaba. Se sentía libre después de saber que Bob estaba arrestado aunque herido. Scotland Yard ya se encargaría de todo y el acoso de su ex-marido había terminado.

De pronto se dio cuenta de que estaba coqueteando con Michael, el famoso actor tan deseado por tantas mujeres de todo el mundo por su virilidad, por su atractivo como hombre, por su sonrisa cínica, por su parecido con James Dean, aunque Michael estaba más hecho como hombre, era más alto y más fuerte. Era como si el mítico protagonista de «Al Este del Edén» se hubiera reencarnado en él limando sus pequeños defectos.

—Ya te dije lo que pensaba de ti, Michael.

—Recuerdo y no recuerdo. Creo que me porté como un niño malo, pero le prometo, señorita profesora, que la próxima vez seré muy bueno.

—¿Señorita profesora? —Connie se rió abiertamente.

—Sí, no hay felicidad mayor para un adolescente que enamorarse de su profesora inteligente y hermosa.

—Ni yo soy profesora ni tú un adolescente —le corrigió pero sin cortar la broma mientras ambos caminaban sin un rumbo concreto. Londres era muy grande y sus calles, casi interminables.

—Si tú fueras profesora, serías la pesadilla de muchos adolescentes.

—¿Por qué?

—Los embrujarías con tus grandes ojos.

—Oh, ya casi me siento bruja.

—A los niños y adolescentes les gustan mucho los cabellos largos en las mujeres y los tuyos son magníficos.

—Pues, menos mal que no uso peluca. —Siguió riéndose, dispuesta a aceptar todos los halagos.

—Tu voz les acariciaría, pero se fijarían en tu boca de labios sensuales y llenos de color, con esa doble hilera de dientes perfectos y estarían siempre atentos para descubrir cuando se asoma la punta de tu lengua entre los dientes.

—¿Y para qué querrían ver mi lengua?

—Para atraparla entre sus labios y succionarla.

—Eres un cerdito, Michael. ¿Tú pensabas eso de tu profesora?

—No tuve la suerte de tener una profesora como tú. ¿Sabes lo que especialmente atrae a todos los niños y adolescentes?

—¿El qué?

—Los pechos de una mujer, sienten como que se los han quitado de la boca antes de tiempo y desean recuperar los pezones y dormirse chupándolos.

—Pues, que se los pidan a sus madres.

—Una profesora puede ser más joven, más inteligente y atractiva que sus madres. A ti la naturaleza te ha dado unos pechos espléndidos y con un fino jersey algo ajustado, puede que hasta se te noten los pezones, y si se te hacen cosquillas por el espinazo, esos pezones se harán eréctiles y tratarán de traspasar la tela que los encierra.

—Eh, despacio, despacio, no hace falta que le hagan cosquillas en el espinazo a una para que…

—No puedes negarme una cena intima esta noche.

—Michael, me has pillado en un momento de debilidad, pero será sólo la cena, después…

—Cada cual a su apartamento y mañana, yo partiré con el recuerdo de tu belleza grabado en mis retinas.

—Diablos. ¿Te has tragado a los poetas esta tarde a la hora del té? —se rió Connie.

—No, porque tú ya eres poesía y sólo tengo que leer en tu belleza.

—Eres sorprendente. Hay momentos en que eres agresivo y sensual, provocativo, otras cínico y otras, poeta. —Hizo una pausa y como estirando las palabras, añadió—: Y a veces, eres un pequeño sádico.

—Un hombre puede serlo todo, bueno y malo, tonto y listo, alegre y malhumorado. No me soportaría a mí mismo si fuera monocorde. Cada momento de la vida tiene sus motivaciones y necesidades. ¿Te imaginas casada con un hombre que al paso del tiempo no pudiera sorprenderte con facetas nuevas, que siempre fuera igual, se sentara frente al televisor o un periódico, incapaz de decirte nada nuevo?

—Sería una situación francamente horrible.

—Entonces, yo soy tu hombre ideal.

De pronto, como si él acabara de obligarla a buscar en los recovecos de su mente, recordó el rostro del joven y varonil Peter Wallace.

—Bueno, no eres el único hombre del planeta.

—Pero sí uno de los más atractivos, lo dicen las taquillas de los cines.

—¿Vas a responderme a una pregunta que me crea muchas dudas?

—Sí, claro.

—¿Por qué tanto empeño en mí cuando tienes tantas mujeres para elegir?

—Tú eres diferente a las demás. Eres muy hermosa pero, además, en ningún momento has ido detrás mío, he tenido que ser yo quien te acose y eso no suele sucederme. Cuando las mujeres

saben quién soy, en vez del cazador me convierto en presa y no me gusta.

Cenaron juntos. Connie ya no se acordaba de los ojos malignos del gato ni de Josy que terminaría por regresar al apartamento contando una divertida aventura de amor que quizás la había llevado al extranjero. Y Bob, su ex-marido, estaba bien controlado por la policía en algún hospital de Southampton adonde debía haber huido con la esperanza de tomar un barco y alejarse de Inglaterra.

—Discúlpame, voy a la «*toilette*» —dijo Connie.

—He pedido champaña para nuestra despedida.

Ella sonrió y se alejó. Cuando regresó, las copas estaban servidas. Lo que Connie no pudo ver fue que Michael había vertido una pequeña cantidad de polvos que sacó de un diminuto sobre en la copa de ella. Ahora, sólo podían verse las burbujas en la bebida clorada.

—Brindemos —pidió Michael tomando su copa y esperando a que ella tomara la suya—. Chin, chin. He de seguir mi camino por toda Europa, cosas de la promoción, pero en cuanto tenga un par de días libres cogeré el avión y vendré a Londres. Te buscaré y sabrás que llego a ti.

—¿Sí, y cómo lo notaré?

—Porque antes haré que te ahogues en flores.

—Si sigues así, vas a terminar enamorándome.

—Es lo que pretendo. Delicioso este champaña francés, ¿verdad?

—Sí, muy bueno.

—¿Quieres que te regale mil cajas?

—Por favor, Michael, me abrumas. —Cerró los párpados y su cabeza se movió como si el sueño se apoderara de ella—. Creo que he cenado y bebido demasiado para lo que estoy acostumbrada.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí, gracias, ha sido una cena magnífica, pero ahora me siento un poco rara. —Vamos, te acompañaré—. Se volvió para pedir: —La cuenta, por favor.

—Llévame a mi apartamento —pidió Connie sin demasiada fuerza en la voz.

—Sí, claro, pero es mejor que descanses un poco antes —le dijo Michael mientras la introducía en el ascensor.

—Qué raro, no me gusta esto, no recuerdo haber estado nunca borracha.

La puerta del ascensor se abrió automáticamente. Michael la hizo salir y la condujo hacia el apartamento que tenía prestado en Londres.

Michael no encendió muchas luces, la condujo directamente al dormitorio.

—No, Michael, te he dicho que no, sólo la cena y luego, cada cual a su apartamento.

—Lo que tú digas, pero es mejor que nadie te vea tal como estás, no sería correcto.

La empujó sobre la cama poniéndola boca abajo. Giró sus brazos que parecían haber perdido la fuerza y le juntó las manos a la espalda. Sacó un rollo de tela adhesiva y le enrolló las muñecas bien prietas una contra otra.

—¿Qué haces? ¡Déjame, déjame! —Pero Connie ya tenía las manos bien sujetas a la espalda.

Michael fue al cuarto de baño. Puso agua en un vaso pequeño y rompió dos cápsulas de color rosa vertiendo su contenido en el agua. Tomó una jeringa de plástico y absorbió con ella el contenido del vaso.

Regresó al dormitorio y se sentó junto a Connie que parecía exhausta.

—Ahora vas a ser buena y te tomarás el biberón.

—¿Biberón? No quiero biberón, déjame ir.

—Mira, esta jeringa es el biberón. Te la voy a meter en la boca y vas a mamarla toda, como si hicieras una preciosa felacia.

—No quiero, no quiero —protestó, todavía debilitada por la droga que había tragado disuelta en el champaña.

Michael le sujetó la cabeza y con la zurda le oprimió la nariz para que no pudiera respirar por ella hasta obligarla a abrir la boca, y en ese momento le introdujo la jeringa. Oprimió el émbolo para lanzar el chorro de líquido hacia el interior de la garganta femenina.

Connie forcejeó, pero no tenía demasiadas fuerzas y acabó tragándose lo que él le había preparado.

—¿Qué me has dado?

—Una ración doble de la droga del amor. Tu cuerpo pronto

empezará a calentarse y serás como una ninfómana en sus momentos de furor. Mañana me voy y no podía perderme esta noche.

—¡Hijo de mala madre, suéltame!

Michael parecía tenerlo todo estudiado. Introdujo un pañuelo en la boca de Connie y luego la amordazó con un fular. Así, indefensa sobre la cama, la muchacha comenzó a sentir miedo.

—Tenías razón, soy un poco sádico. No me excito suficiente, no gozo lo necesario si no veo sufrir.

De un cajón, Michael sacó unas largas tijeras que hicieron desorbitar de espanto los ojos de su víctima. Ella trató de retroceder en la cama mientras el hombre la seguía con las tijeras abiertas como si fueran unas fauces prestas a cerrarse sobre sus carnes.

—No hay prisa, amor, tenemos toda la noche por delante.

Las tijeras tocaron su pierna resbalando por encima de las medias y el doble filo comenzó a cortar el vestido. Connie sintió que se ahogaba de miedo. Michael comenzó a cortar luego las mangas, primero un brazo, después otro.

—Ya sé que podrías haberte desnudado tú, pero así es más divertido.

Se rió. Había cambiado totalmente de actitud, ya no era el hombre galante y educado de la cena, ahora gozaba con el miedo y el sufrimiento de la mujer.

Cortó todo el vestido, lo hizo pedazos hasta que éste quedó sobre la cama y luego comenzó a cortar los tirantes del sujetador, descubriendo así los redondeados pechos de Connie.

—Sabía que con lo que te he hecho tragar, tus pezones saldrían duros y largos. —Rodeó con las tijeras abiertas el pezón del pecho derecho de la mujer—. ¿Qué te parece si te lo corto? —Se rió nerviosa y amenazadoramente.

Ella negó con la cabeza. No podía gritar, lo intentaba pero sus gritos no conseguían articularse y salir por entre sus labios.

—No, mejor empezaré por el izquierdo. —Pasó las tijeras al pecho izquierdo cuyo pezón estaba muy erguido, como queriendo escapar del interior de la mama—. Será una noche larga y entretenida…

Connie tenía la mente confusa, la visión distorsionada, pero sabía que estaba en grave peligro. Tal como había sospechado,

Michael era un sádico peligroso y ella estaba ahora completamente en sus manos.

—Tienes un cuerpo, una piel preciosa. Toda tú hueles a perfume sensual.

Apartó las tijeras del pecho y fue pasando las puntas separadas por la piel desnuda de la joven hasta llegar al vello del pubis donde dio un tijeretazo rápido y seco.

—¡Ya tengo un recuerdo físico tuyo para llevarme! —Soltó una carcajada—. Para excitarme bien necesito ver algo de sangre, Connie. ¿Por dónde quieres que asome primero la sangre de tu cuerpo? Ah, claro, no puedes hablar… Tendrás que decírmelo con movimientos de cabeza, dirás «sí» o «no» cuando yo te pinche en un lugar y alguna vez tendrás que decirme que sí.

Pinchó con la punta de la tijera en su ingle y Connie se apresuró a negar con la cabeza. Michael siguió con su sádico juego subiendo las puntas de las tijeras por el cuerpo femenino, paseándolas por el vientre desnudo, por los senos, hasta acabar apoyándolas en la mejilla.

—¿Qué te parece aquí en la cara?

Connie apenas podía mover la cabeza para negar, el terror se reflejaba en sus ojos grises ahora patéticos. Más que un sádico, Michael era un psicópata que debería estar encerrado.

En aquel momento, no supo si estaba viviendo aquel terror o todo era una pavorosa pesadilla porque Michael comenzó a desnudarse delante de ella dejando las tijeras sobre su vientre y cuando ya estuvo desnudo, por detrás de él apareció lo inesperado, lo aterrador.

Aquel ser vestía un abrigo negro y largo que se cerraba en torno al cuello con las solapas subidas. Un sombrero de ala ancha cubría su cabeza y medio rostro quedaba oculto por una máscara veneciana de carnaval también negra.

—Que ojos más grandes se te han puesto, Connie —musitó Michael que estaba de pie frente a la cama mirando a su víctima a la que creía totalmente a su merced.

Connie veía más allá de su raptor y tras éste, la siniestra figura se movió tan ágil como silenciosa. En su diestra enguantada apareció un largo cuchillo de cocina que se hundió en el cuello del actor. Su garganta fue traspasada de parte a parte, pues tres

pulgadas de acero asomaron por el lado contrario del cuello.

Michael abrió la boca para gritar pero por ella comenzó a manar sangre. Dio la vuelta y quedó enfrentado al ser que permanecía quieto contemplando su obra. Las rodillas de Michael se doblaron y su cuerpo desnudo se derrumbó al pie de la cama.

El terror hizo que la confusión se disipara de la mente de Connie. Estaba claro que su ex-marido no era el asesino del portugués, Bob habría cometido otros delitos pero no aquél. Allí frente a ella, mirándola a través de los agujeros de la máscara, estaba el asesino.

—Ha llegado tu momento, Connie, la carta astral ya te lo advertía. Todo quedará claro para Scotland Yard, aparecerás como la asesina del portugués y de este desgraciado americano. Los dos salieron contigo y tú los has matado. Estás loca, querida. El gato te ha ido enloqueciendo, yo te lo envié, sabía que lo relacionarías con lo que te sucede, le cogerías miedo y manifestarías tu nerviosismo. Eres una paranoica asesina y al fin no has podido resistir más y te vas a suicidar.

Connie negó con la cabeza. Hubiera querido hacer preguntas pero no podía, seguía amordazada. De pronto, aquel ser se quitó la máscara descubriendo su rostro mientras reía.

—Sí, soy Marie Leblanc… Cuando me escribiste pidiendo tu carta astral me diste todos los datos sobre tu nacimiento. Yo también soy Escorpio, querida, y tengo exactamente tus datos: Nací el mismo año, el mismo mes, el mismo día, la misma hora y minuto y en el mismo lugar que tú. Aquella noche, una desgraciada parió mellizos. Tenían que haber sido dos niñas, pero uno fue niño. Aquella mujer murió y el destino hizo que tú fueras adoptada por una buena familia a la que allí mismo se le había muerto el hijo. En cambio, a mí me enviaron a un hospicio. Cuando me hice mayor, escapé, salté el canal y estuve en Bélgica. Allí, me adoptaron. Crecí como niño, pero por dentro era una niña. Tú te llevaste toda la feminidad y tengo que arrebatártela porque es mía. ¡No soy un hombre, no soy un hombre! —chilló de pronto.

Connie comprendió que estaba ante un psicópata asesino con la mente perturbada por una niñez difícil. Mentalmente era una niña dentro de un cuerpo de varón y había culpabilizado a su desaparecida hermana de su descompensación sexual.

Marie sacó una cuerda del interior del abrigo y ató un cabo al radiador de la calefacción. Abrió la ventana e hizo un lazo corredizo. Se acercó a Connie y pese a la agitación de ésta, se lo pasó por la cabeza y se lo ajustó al cuello. Después le dio vuelta al cuerpo y con las tijeras cortó la tela adhesiva liberándole las manos. Antes de que Connie pudiera hacer nada, comenzó a golpearle la espalda con sus manos enguantadas. Tenía la fuerza de un hombre aunque se hubiera intervenido quirúrgicamente para tener genitales de mujer.

Connie fue arrastrada hacia la ventana mientras Marie le decía:

—Creerán que ha sido el americano quien te ha golpeado y amordazado, a nadie va a parecerle extraño. Él jugó contigo y tú te vengaste matándolo. Tuve la precaución de comprar dos cuchillos iguales. No temas, será una muerte rápida, se te romperán las cervicales. Tu carta astral ya advertía que tendrías una muerte trágica…

De pronto, Connie embistió con una fuerza inesperada incluso para ella misma. Con su cabeza golpeó el abdomen de Marie y ésta, doblándose hacia atrás, perdió el equilibrio y se precipitó por la ventana abierta gritando mientras caía al vacío. Luego, el silencio. Todavía sujeta por la soga que iba a ahorcarla, Connie sollozó convulsivamente.

El inspector Peter Wallace entró en la clínica psiquiátrica privada. Connie ya estaba en el vestíbulo con su maleta preparada.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

—Bien. Un mes aquí dentro creo que me ha devuelto el equilibrio. ¿Y Bob?

—Encerrado por mucho tiempo. Tráfico de drogas y homicidio frustrado contra un agente de Scotland Yard, no debes temerle.

—Marie Leblanc, mi hermana, mi hermano, ya no sé lo que era…

—No era nada tuyo. Aquella misma noche, nacieron cinco criaturas más en la misma clínica. La difícil niñez de un demente hizo que al paso de los años se transformara en un psicópata ansioso de hallar un culpable a lo que le sucedía y te escogió a ti. No se pueden dar tantos datos de nuestra personalidad a un desconocido como tú hiciste con la astróloga.

—Sí, nunca sabemos en quién ponemos nuestra confianza. ¿Y

Josy?

—En el maletero del coche de Marie Leblanc, encerrada en varios sacos de plástico. Tenía huellas de haberle sido sacada una mascarilla de yeso con lo que esa loca transexual hizo una cabeza para estimular tu nerviosismo y hacerte aparecer ante todos como una loca de atar.

—Casi lo consiguió.

—Caso cerrado, querida, vamos.

Le cogió la maleta y ambos salieron de la clínica. Xina aguardaba en el coche con un gato siamés entre sus brazos.

—¡Mira lo que te he traído, Connie!

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts